

## UNAMUNO Y LA GUERRA CIVIL

### *Unamuno and the Civil War*

Francisco BLANCO PRIETO

Escritor

Correo-e: salecuster@gmail.com

Fecha de aceptación definitiva: 16/02/2009

RESUMEN: La guerra civil española de 1936 –incivil para don Miguel–, fue el episodio más doloroso de su vida. Mayor que el destierro. Desencantado con los gobiernos republicanos, apoyó inicialmente el golpe militar, creyendo que con eso se salvaría la civilización occidental cristiana. Pero el rumbo que tomaron los acontecimientos le hizo oponerse a los militares, siendo por ello confinado en la casona de Bordadores hasta el día de su muerte. El artículo analiza la opinión y posición de Unamuno ante la guerra civil española.

*Palabras clave:* Unamuno, guerra civil, apoyo, oposición, cese.

ABSTRACT: The Spanish civil war of 1936, –uncivil for Mr Miguel–, was the most painful episode of his life. Even more than banishment. Disenchanted with the republican governments, he has initially supported the military coup d'état, thinking that in this way he will save the occidental Christian civilization. But the course of the events made him opposite to the militars, and that was the cause of his arrest in the casona de Bordadores until the day of his death. The article analyzes the opinion and the positionemment of Unamuno about the Spanish civil war.

*Key words:* Unamuno, civil war, support, opposition, cessation.

## 0. INTRODUCCIÓN

Este artículo, relacionado con el pensamiento y sentimiento de don Miguel sobre la última guerra civil que le tocó vivir, exige unas reflexiones previas que contextualicen el estudio ofrecido en páginas sucesivas, porque sin tales precisiones el lector podría sacar conclusiones diferentes a las que se pretenden poner de manifiesto.

Aclaremos inicialmente que el concepto de *guerra civil* comúnmente aceptado por la mayoría de los mortales tiene poco que ver con la idea unamuniana de tal expresión. Así, cuando don Miguel decía que España necesitaba una guerra civil, o que la guerra civil era un don del cielo, pocos quisieron comprenderle porque se refería a una guerra civil de verdad o, si se prefiere, civilizada, intelectual. En ningún caso a un combate con elementos de fuego ni de filo, sino con armas de ardiente palabra, que es la espada del espíritu. Por eso, al percibir la amenaza de aquella feroz *guerra civil* que se le echó encima –guerra cruenta, a tiros, palos y navajas– no dudó en desmarcarse de tal salvajada, aclarando que semejante brutalidad estaba muy lejos de sus ideas. Barbarie que le llevó a tildar la contienda como *guerra incivil*, denunciando así matanzas ajenas al civilizado debate dialéctico defendido por él durante años en sus escritos, cartas y discursos.

En este trabajo se ha optado básicamente por dejar que sea Unamuno quien hable de lo sucedido en España a lo largo de aquellos aciagos meses, sin eludir conclusiones personales derivadas del estudio realizado por el autor sobre la vida y obra del personaje. Por tanto, las fuentes utilizadas para la redacción del texto han sido las palabras pronunciadas por don Miguel y las páginas escritas por él durante los días que van del 19 de julio de 1936 al 31 de diciembre de ese año, analizando con prudencia las entrevistas concedidas en ese tiempo, pues las circunstancias del momento, la censura y la ideología de los entrevistadores, así lo aconsejan. Se han añadido también los comentarios que anticipaban el fatal desenlace, expresados por Unamuno en los meses previos al golpe militar. Pronunciamiento que condenó a galeras de por vida al legítimo gobierno español republicano, surgido como respuesta democrática a las elecciones celebradas el 12 de abril de 1931.

En ese tiempo de guerra acotado en el párrafo anterior, Unamuno concedió quince entrevistas, escribió siete cartas cerradas y una abierta, compuso catorce poemas, pronunció dos discursos, escribió un manifiesto junto a reflexiones sobre la guerra civil, firmó el mensaje de la Universidad y redactó unas notas sobre la revolución y guerra civil españolas de singular valor, que vieron la luz con más retraso del que hubiera deseado el autor de tan importantes reflexiones. Cuarenta y tres son estos documentos que conforman la base sobre la que se apoyan los argumentos y razones que en este artículo se exponen.

DOCUMENTOS Y DECLARACIONES DE UNAMUNO ENTRE JULIO Y DICIEMBRE DE 1936

ARTÍCULOS ( 1 )			
10 agosto 1936	«Carta a un socialista de buena fe» La Esfera (Caracas) ( 3 . 1 . 1937 )		
ENTREVISTAS ( 15 )			
Realizada	Publicada	Entrevistador	Periódico / Revista
14 . 8 . 1936	18 . 08 . 1936	André Salmon	Le Petit Parisien (París)
agosto	18 . 08 . 1936	Knickerbocker	El Adelanto (Salamanca)
agosto	29 . 08 . 1936	Redactor	Diario de Burgos
septiembre	02 . 01 . 1937	Pedro de León	F.E. (Sevilla)
septiembre	09 . 09 . 1936	Merry Bromberger	Le Matin (París)
octubre	14 . 10 . 1936	Reportero Nouvelles Literaires	La Prensa (Madrid)
octubre	18 . 04 . 1937	Johannes Brouwer	Repertorio Americano (P. Rico)
20 . 10 . 1936	13 . 12 . 1936	Nicos Kazantzakis	Cacimerini (Atenas)
noviembre	10 . 12 . 1936	Jérôme y Jean Tharaud	Candide (París)
noviembre	09 . 01 . 1937	Georges Sadoul	L'Humanité (París)
noviembre	03 . 01 . 1937	Norberto Lopes	Diario de Lisboa
noviembre	06 . 12 . 1936	Roman Fajans	Kurier Warszawski (Varsovia)
diciembre	11 . 07 . 1937	González Oliveros	Gaceta Regional (Salamanca)
diciembre	03 . 01 . 1937	Armando Boaventura	Diario de Noticias (Lisboa)
31 . 12 . 1936	31 . 12 . 1937	Bartolomé Aragón	Gaceta Regional (Salamanca)
CARTAS ( 7 )			
21 noviembre	Mari Garelli	(No recibida por la destinataria)	
21 noviembre	Lorenzo Giusso	(No recibida por el destinatario)	
23 noviembre	Esteban Madruga		
27 noviembre	Francisco de Cossio		
1 diciembre	Quintín de Torre		
10 diciembre	José Manuel de Santiago Concha		
13 diciembre	Quintín de Torre		

DISCURSOS ( 2 )			
26 julio	Intervención como concejal en el Ayuntamiento		
12 octubre	Intervención como Rector en el Paraninfo de la Universidad		
POEMAS ( 14 )			
29 septiembre	12 noviembre	5 diciembre	25 diciembre
29 octubre	19 noviembre	18 diciembre	28 diciembre
30 octubre	29 noviembre	21 diciembre	
9 noviembre	2 diciembre	21 diciembre	
MENSAJE, MANIFIESTO Y NOTAS SOBRE LA GUERRA CIVIL ( 3 )			
29 septiembre	Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del mundo acerca de la guerra civil española. Firmado por Unamuno como Rector		
A partir de 23.10	Manifiesto sobre la guerra civil		
28.12.1938	Notas sobre la guerra civil		
Septiembre - Noviembre : El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la guerra civil			

## 1. UNAMUNO ANTE LA REPÚBLICA

La identificación entre sistema político y gobierno, alimentada durante cuarenta años por la dictadura, ha llevado a muchos a cometer el error de atribuir al régimen republicano los teóricos males provocados por los gobiernos que llevaron durante aquellos cinco años las riendas del poder ejecutivo, adjudicando a la República aciertos y desaciertos que correspondían a los gobiernos republicanos. Esta equívoca asociación conceptual ha permitido a más de uno afirmar erróneamente que Unamuno fue un traidor a la República, algo que está muy lejos de la realidad, aunque algunos se empeñen en mantener tal opinión por razones varias, sustentadas en el mismo común denominador. Sobre esta tentación ya previno don Miguel a todos desde la tribuna de las Cortes republicanas, el martes 2 de agosto de 1932, al presentar su enmienda a la enseñanza en Cataluña en pleno debate del Estatuto Catalán:

Estoy harto, así estoy ya harto, de que cuando se adopta una posición que está en contra de la directiva del Gobierno o de la mayoría, se diga que se va contra la República. Eso es un verdadero abuso.

Acudiendo al testimonio personal de Unamuno, cuya palabra tiene un valor de verdad que va más allá del análisis personal que pueda hacerse de su vida y obra, estamos en condiciones de afirmar que su apuesta por la República

—por su República— fue incuestionable de principio a fin, sin ofrecer la mínima duda a quienes lean por derecho sus opiniones al respecto. No en vano pisó los juzgados por criticar la monarquía; ni en vano pagó con el destierro su enfrentamiento con el monárquico directorio militar del general Miguel Primo de Rivera; ni por casualidad fue candidato republicano a las elecciones; ni fue el azar quien le llevó a proclamar la República en Salamanca desde el balcón del Ayuntamiento. Es más, una de las razones que le animaron a ponerse del lado de los sublevados en las primeras horas del golpe militar de julio del 36, fue el apoyo que los rebeldes aparentaron dar a la República, al terminar sus bandos vitoreándola, haciendo ondear la bandera republicana en el Ayuntamiento hasta que el Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España publicó en Burgos, el 30 de agosto de 1936, el decreto n.º 77 por el que se restablecía la bandera bicolor rojo y gualda como bandera de España.

Así, hizo público su descontento con la gestión del gobierno, por ejemplo, en la carta que escribió el 10 de agosto de 1936 a un Socialista de buena fe: «Yo estaba ayer con el Gobierno republicano y ahora ya no lo estoy». Mantiene su petición de profundas reformas para asegurar la salud del pueblo y lamenta que los gobiernos de izquierda no lo lograsen: «Esto es lo que me ha decidido a reunirme con aquellos a quienes hasta ese momento no había cesado de combatir», para terminar confesando que le había tocado llorar al ver enrojecer a España con la sangre derramada, asumiendo su parte de responsabilidad en la tragedia.

Igualmente, en la entrevista concedida a Knickerbocker a mediados de agosto pone de nuevo en evidencia su ingenuidad al decirle que «Esta lucha no es una lucha contra una República liberal, es una lucha por la civilización», porque para Unamuno, el gobierno republicano no representaba el socialismo, ni la democracia, ni el comunismo siquiera, sino el «alegre anarquismo, lleno de cráneos y huesos de tibias y destrucción...». Acusa sin reservas a los dirigentes de haber desvanecido sus sueños de una República liberal, llegando a recomendar el suicidio de Azaña, como hizo el chileno Balmaceda, porque a su entender era el único culpable y responsable de todos los horrores que se estaban cometiendo, a quien califica como monstruo de frivolidad. Y declara con firmeza que él no ha cambiado sus ideas: «Es el régimen de Madrid el que ha cambiado». Afirmación que repite a primeros de septiembre al hispanista holandés Brouwer: «Yo no he cambiado, soy el mismo Unamuno de siempre», pero decepcionado con los gobiernos republicanos, como expresa de nuevo a Giusso el 21 de noviembre:

A través de todo esto, descosido, atropellado, contradictorio —dialéctico— verá usted que sigo siendo el que fui y que los que creen que he cambiado es que ni se dieron cuenta de lo que yo era ni se dan cuenta de lo que soy.

Por esto, aprovechar el aparente mundo contradictorio unamuniano para decir que primero fue republicano y luego dejó de serlo, es una afirmación que no se ajusta a la verdad. Sin reparo alguno insistimos en la idea de que no fue la República quien decepcionó a Unamuno, sino los sucesivos gobiernos que rompieron

su sueño, al someterse *hunos* al marxismo radical, y *botros* abrazando un fajismo importado y mal interpretado. Actitud que confirma de nuevo nuestro hombre en carta que dirige a Quintín de Torre el 1 de diciembre de 1936:

Cuando nos metimos unos cuantos –yo el primero– a combatir la dictadura primero-riberana y la monarquía, lo que trajo la república no era lo que fue después la que soñábamos; no era la del desdichado frente popular y la sumisión al más desatinado marxismo y al más necio pseudo-laicismo –aquellos imbéciles de radicales socialistas!–.

Nuestra idea está asentada en sus declaraciones contra los ejecutivos republicanos que la dirigieron, a quienes criticó con dureza y les hizo responsables del fracaso republicano. De ahí su empeño en distinguir República española de España republicana, afirmando que esta última nada tuvo que ver con la República española que pretendieron sus patrocinadores, hasta que se les fue de las manos. Por eso estuvo en desacuerdo con la relación causa-efecto que muchos quisieron ver entre República y desorden. Apostó en un discurso en San Sebastián por una República civil, social y laica, que no llegó a ver. Civil, para evitar la plaga de militarismos del siglo XIX; social, para combatir la plutocracia; y laica, que podría ser anticlesiástica, pero nunca antirreligiosa, como dijo el sábado 11 de abril de 1931 en el salón de actos de la Casa del Pueblo salmantina.

Esa fue la República defendida por Unamuno y en la que creía como sincero republicano, no la que hicieron quienes tuvieron que defenderla, como dejó escrito en su artículo «Justicia y bienestar», publicado en *Abora*, el 3 de julio:

Cada vez que oigo que hay que republicanizar algo me pongo a temblar, esperando alguna estupidez inmensa. No injusticia, no, sino estupidez. Alguna estupidez auténtica, y esencial, y sustancial, y posterior al 14 de abril. Porque el 14 de abril no lo produjeron semejantes estupideces. Entonces, los más de los que votaron la República ni sabían lo que es ella, ni sabían lo que iba a ser «esta» República. ¡Que si lo hubieran sabido...!

En su opinión, se cometió el error de querer hacer a un tiempo la revolución y la Constitución, pues el pueblo no votó a favor de la República, sino contra el Rey y la dictadura primoriverana.

Su distanciamiento con los gobiernos republicanos se inició ya en las Cortes Constituyentes de 1931, por el tratamiento que se dio a la cuestión religiosa, y al idioma en el Estatuto catalán. Alejamiento que culminó en los meses previos al golpe de Estado, al percibir el riesgo de una posible destrucción de la civilización occidental cristiana, por las agresiones a personas y bienes religiosos, junto a una injerencia cada vez mayor del bolchevismo en la política nacional. Esto le llevó a hablar de un opio atea frente al deísta condenado por el leninismo. Idea que expresa en carta a Lorenzo Giusso el 21 de noviembre:

Lo que más me acongoja de lo que está pasando en esta agonía –en el sentido general corriente– de mi pobre España es el aspecto religioso. Esas miserables turbas

que queman iglesias, destrozan imágenes –idólatras iconoclastas– asesinan curas y frailes, no lo hacen por ateísmo. El ateo no se ensaña así. Lo hacen por desesperación. Desesperados de no poder creer, de no acertar a creer en algo. Lenin les dijo que la religión es el opio del pueblo. La religión bolchevista, otro opio, pero ellos sienten necesidad de opio. Y a falta de él, se emborrachan con sangre y con fuego. Es lo que los teólogos llamaban el odio formal a Dios; un modo de creer en él. Y los otros, los que se creen creyentes, son unos desesperados.

Pero antes de manifestar esto, había escrito a William Berrien desde Salamanca el 30 de junio:

Problema hoy aquí, en esta mi pobre España convulsionada, candente de nuevo pues eso que llaman laicismo ha desencadenado la más solapada e innoble persecución contra la fe tradicional de la mayoría de los españoles. Y conste que yo no comparto esa fe...

Reflejo de su pensamiento liberal es la última frase, no bien ponderada por los analistas de su pensamiento religioso final.

No conforme con este alegato, deja escrito en las notas del *Resentimiento* su opinión respecto a lo ya comentado en relación con la política laicista del gobierno:

Fue un disparate mandar quitar los crucifijos de las escuelas pues con ello le dieron un sentido que no tenían, y otro disparate cambiar la bandera pues le dieron a la bicolor un sentido que no tenía. El crucifijo es símbolo de una religión inconsciente popular = laica, pagana y no ortodoxa, y la bandera era nacional y no monárquica. Insistiendo en lo ya dicho: Yo no he cambiado, han cambiado ellos.

Se trataba, pues, de salvar la civilización cristiana occidental, lema que los militares utilizaron torticeramente en su beneficio interpretando esa afirmación de Unamuno en términos absolutistas, inquisitoriales, integristas y reaccionarios, algo que estaba muy lejos del sentido que don Miguel quiso dar a tal expresión. Su modelo de civilización cristiana occidental se vinculaba a la tolerancia y a la libertad de pensamiento y religión, más cercana a la reforma luterana que a la contrarreforma católica. La civilización de la que él habla tiene un profundo sentido liberal irreconciliable con la postura mantenida por los militares, que abusaron y malinterpretaron esa expresión suya. Engaño que justificó también su inicial adhesión a los sublevados.

## 2. ANTECEDENTES

Comenzando por el final, recordemos que en diciembre de 1936 la ciudad de Salamanca era sede militar de los golpistas contra la República, desde que el general Mola puso a todos firmes dando un puñetazo sobre la mesa, justo cinco meses antes de que el mayor intelectual que ha pisado las aulas universitarias salmantinas cayera de bruces sobre la camilla de su casa, víctima de una hemorragia bulbar.

Efectivamente, el día 31 de diciembre de 1936 a las cuatro de la tarde moría en plena discusión con el falangista Bartolomé Aragón, el vasco Miguel de Unamuno y Jugo, mientras el general Franco preparaba con Giménez Caballero el discurso nacionalista de año nuevo, sentado en la mesa episcopal que le había cedido el prelado catalán Pla y Deniel.

Muerto ya, el cuerpo de don Miguel fue a parar al nicho 340 del cementerio salmantino junto al de su hija Salomé, dejándonos algunas páginas aclaratorias de su posición ante los tristes hechos acaecidos en España a lo largo de los últimos meses de su vida. En el cementerio, Manuel Gil Ramírez gritó con el brazo en alto: «¡Camarada Miguel de Unamuno!» y el coro de falangistas respondió «¡Presente!», antes de vocear «¡arriba España!». Arribistas, rechazados con dureza por el difunto, que le había dicho a Quintín de Torre días antes: «¡Pobre España! Y no vuelva a decir “¡arriba España!” que este se ha hecho ya santo y seña de *arribistas*». Rebajados éstos por él en su *Resentimiento*, al tiempo que intentaba levantar España con mermada voluntad de conseguirlo: «¡Arriba España! Sí, y abajo los arribistas». Queda por estudiar en profundidad y dar una explicación al protagonismo que tomaron los falangistas en el entierro de Unamuno, porque su simpatía por ellos era nula como manifestó en numerosas ocasiones, incluso unos días antes de su muerte cuando le expresa a Oliveros enérgicamente su rechazo a la Falange, al pedirle éste que contribuyera al ideario falangista:

¿Qué dice usted? Yo soy un liberal... ¿Cree usted que puedo someterme a una disciplina que me repugna?... Aunque el mundo entero se orientase a favor de los regímenes antiliberales, por eso mismo, yo sería liberal; cada vez más liberal. ¿Cómo iba yo a colaborar en la doctrina fascista?

Profeta en su patria, no porque ésta le reconociera debidamente los méritos acreditados, sino por el acierto que tuvo en sus predicciones, Unamuno vio claramente el futuro que esperaba a la nación si marxistas y fascistas mantenían sus radicales posturas enfrentadas. Aunque ya anticipó el resultado final a que llevarían las disputas entre las dos facciones durante 1934 y 1935, iniciamos sus advertencias en el año de la tragedia con la carta enviada el 7 de enero de 1936 a Guillermo de Torre, en la que dice: «Buen año y en él fe, aguante y brío para soportar la batalla de guerra civil que se avecina». De ahí a las palabras pronunciadas en el King's College cuando fue a recibir el doctorado honoris causa a Oxford en febrero de 1936, hay sólo un paso. Profetizó a los estudiantes que abarrotaban el auditorio la tragedia que se cernía sobre la piel de toro diciéndoles que los españoles ya no se escuchaban a ellos mismos, lo que era señal evidente que iban a sacar fuera la guerra que llevaban dentro, y que el sueño de una España mejor iba a desperter a todos en el último acto de la tragedia.

Más tarde, en la primavera de 1936, percibe don Miguel una situación de desgobierno y anarquía que no debía prolongarse más, pues a los ímpetus revolucionarios de la izquierda se enfrentaba el militarismo religioso de la derecha fajista. Los excesos verbales y la violencia extrema de ambas facciones estaban llevando al



país a un callejón sin salida y Unamuno envía el artículo «Justicia y bienestar» al periódico *Ahora*, donde afirma: «Se habla de ideología, pero no hay tal. Sólo barbarie, zafiedad, soecidad, malos instintos y estupidez». También fiebre de venganza mutua, porque los asesinatos de un bando tienen respuesta inmediata en el otro.

Insiste en su pronóstico ante Spiro Melas cuando le escribe desde Salamanca el 15 de abril para decirle: «Y así estamos aquí, en “¿a quién le pego?”, desde el fetichismo mágico pagano hasta el fetichismo mágico católico, desde la barbarie comunista, hasta la barbarie fascista, que apunta ya». El 22 de abril consolida sus vaticinios por carta a Ramón Castañeira:

Veo esto muy mal. Lo que toma aquí fuerza es algo que no se da ya en la Europa civilizada (?), y es el sindicalismo, en el fondo anarquista, de la C.N.T., y de otro lado crece el fascismo. Y uno y otro en una forma peor que de barbarie, de estupidez. La degeneración mental es espantosa. Están arrastrando a los mayores unos chiquillos corporalmente de diecisiete a veintitrés años, pero mentalmente no llegan a los cinco años. ¡Y qué pasiones! ¡Qué enconos! ¡Qué rencores! ¡Cuánto resentido! ¡Y menos mal que tengo el consuelo de mi pesimismo! «¿Consuelo?», dirá usted. Consuelo, sí, pues por mal que las cosas vengan no han de venir peor que yo las temo.

La misma idea reitera al día siguiente en carta enviada a Emma Clouard donde le anticipa con firmeza la tragedia que se avecinaba sobre España:

... las cosas públicas de aquí van francamente mal. Y no se trata de comunismo sino de sindicalismo anarquista, que es el que ha triunfado. Los nuevos republicanos carecen de fuerza. Y lo que ahora crece es el fascismo. Y tendremos el choque de dos grupos igualmente irresponsables e inconscientes...

Esto mismo repite el 10 de junio a Enrique Díaz-Canedo:

... lo que sobre todo me retiene ahora es el estado de la cosa pública (res-pública) en nuestra España, sobre la que veo cernerse una catástrofe...

### 3. GOLPE MILITAR

En estas condiciones, Unamuno no ve a ningún político con capacidad para recuperar una situación de normalidad republicana porque los gobiernos se suceden con una frecuencia que hace imposible la tarea de poner orden en el país y acallar a *bunos* y *botros*. Esta es la situación percibida por don Miguel, y en medio de ella tiene lugar el pronunciamiento militar del 17-18 -19 de julio, que promete arreglar la situación en beneficio de la República. Unamuno apoya la actuación militar, reservándose desde el primer momento el derecho a la libre crítica que los militares no quisieron reconocerle, pensando que su adhesión a la causa rebelde era incondicional. Pero se equivocaron porque don Miguel jamás renunció a su libertad de palabra y pensamiento, como le dijo a su amigo Quintín tras el incidente en el Paraninfo: «Aunque me adherí al movimiento militar no renuncié a mi deber —no ya derecho— de libre crítica».

Entendió que la sublevación era un golpe de bisturí que remediaría la situación en unos días, algo que contribuyó a su posicionamiento junto a los militares rebeldes, justificando con ello el apoyo que dio a una actuación esperada, presentida y deseada por él desde hacía meses, y que mereció su complacencia en los primeros momentos, como proclama en su testamento político, cuyo manuscrito se conserva en el archivo de la Casa Museo Unamuno (CMU):

Apenas iniciado el movimiento popular salvador que acaudilla el general Franco me adherí a él diciendo que lo que hay que salvar en España es la civilización occidental cristiana y con ella la independencia nacional.

Pero sólo en los primeros momentos, porque los acontecimientos sucedidos los días 19 y 20 pusieron en estado de alerta su entrega inicial, sembrando en él las primeras dudas sobre las verdaderas intenciones de los sublevados. Cabe pensar que inmediatamente mostraría su desacuerdo con el «tiro en la Plaza», desaprobando igualmente los encarcelamientos de su amigo el alcalde Casto Prieto y del diputado socialista Andrés Manso, junto a otros concejales. Es fácil suponer también la reprobación a los militares por el asesinato de un viajante de comercio vecino suyo y la censura por el fusilamiento de «El Timbalero» en la Orbada. Es entonces cuando manifiesta a su ex-alumno, amigo y Rector de la Universidad de Granada hasta el día 24, Salvador Vila, que el pretendido cambio de rumbo no podía hacerse con venganzas, encarcelamientos, represiones, pistolas y matanzas. Aunque mantiene su adhesión condicional a los rebeldes, es ya en este momento cuando inicia el cambio de actitud que culminaría con su rechazo frontal a la causa de los rebeldes.

En aquellos momentos, Salamanca era una ciudad tomada por militares, falangistas y guardia cívica, donde la represión ordenada por Mola para evitar cualquier intento de respuesta a la sublevación, era inmisericorde y brutal. En la ciudad no hubo guerra, sino controles, detenciones y asesinatos en una población aterrorizada por los actos de dominación de militares y falangistas, salvo unos focos frentepopulistas aislados en Tejares y Pizarrales. El dominio de los rebeldes fue inmediato y total, llevando la represión hasta las últimas consecuencias, como reconoce Unamuno al denunciarlo por carta a Quintín de Torre:

Aquí mismo se fusila sin formación de proceso y sin justificación alguna. A alguno porque dicen que es masón, que yo no sé que es esto ni lo saben las bestias que fusilan por ello. Y es que nada hay peor que el maridaje de la demencialidad de cuartel con la de sacristía. Y luego la lepra espiritual de España, el resentimiento, la envidia, el odio a la inteligencia.

Denuncias, represión y «paseos» que se prolongaron el tiempo que fue necesario hasta coagular la mínima disidencia, llegando las detenciones incluso a quienes poco tuvieron que ver con el Frente Popular, como le dice Unamuno a Quintín, dieciocho días antes de morir:

Me dice usted que esta Salamanca es más tranquila, pues aquí está el caudillo. ¿Tranquila? ¡Quiá! Aquí no hay refriegas de campos de guerra, ni se hacen prisioneros de ellas, pero hay la más bestial persecución y asesinatos sin justificación.

Continuando más adelante:

Ahora, sobre la base, desgraciadamente cierta, de lo del Frente Popular, se empeñan en meter en él a los que nada con él tuvieron –tuvimos parte– y andan a vueltas con la Liga de los Derechos del Hombre, con la masonería y hasta con los judíos. Claro está que los mastines –y entre ellos algunas hienas– de esa tropa no saben ni lo que es la masonería ni lo que es lo otro. Y encarcelan e imponen multas –que son verdaderos robos– y hasta confiscaciones y luego dicen que juzgan y fusilan. También fusilan sin juicio alguno. (Claro que los jueces carecen de juicio, estupidizados en general por leyendas disparadas) y «esto es cosa cierta» porque lo veo yo y no me lo han contado. Han asesinado, sin formación de causa, a dos cate-dráticos de Universidad –uno de ellos discípulo mío– y a otros. Últimamente al pastor protestante de aquí, por ser... masón. Y amigo mío. A mí no me han asesinado todavía estas bestias al servicio del monstruo.

El día 25 de julio, el nuevo alcalde, comandante Francisco del Valle, constituye el Ayuntamiento rebelde destituyendo a veintiún concejales, nombrando a otros tantos nuevos y manteniendo en su cargo a once de los que fueron elegidos en 1931 por el pueblo, entre los que se encuentra Unamuno. En contraste con las intervenciones patriotas de Íscar Peira, Marcos Escribano y Fuentes, en el Pleno municipal, el acta de la sesión recoge la intervención de don Miguel en los siguientes términos:

Pocas, muy pocas palabras he de pronunciar. Debo decir al pueblo de Salamanca –al pueblo– que me considero un elemento de continuidad, pues soy concejal desde el 14 de abril de 1931, designado por el pueblo. En todo momento he servido a España por la República y mi posición es bien clara; no quiero extenderme en consideraciones sobre el momento presente que no es pugna de ideas ni de doctrinas, es sencillamente un estallido de malas pasiones, y para que España viva hay que salvar la civilización occidental que está en peligro.

Aquí estoy en lo que lo permitan otras atenciones y la edad. Este espectáculo lamentable y triste es debido no sólo a esas malas pasiones, sino a que se está creando una generación de idiotas con juventudes cuya mentalidad es de chicos de corta edad.

Al ir diariamente a mi despacho de la Rectoral, contemplo y admiro la estatua de Fray Luis de León, una de las mejores que tiene Salamanca y su gesto admirable, la mano tendida como aconsejando calma y meditación, me parece la encarnación más acertada del consejo que pueda darse en estos momentos actuales.

Hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana tan seriamente amenazada; mi posición es de todos bien conocida, consecuencia de muchos pueblos regidos en forma tal que puede asegurarse que entre los dirigentes no falta ningún presidiario.

Estas palabras no coinciden exacta y literalmente con el borrador-manuscrito de Unamuno que conserva la CMU del discurso, pero concuerdan esencialmente ambos textos. No ocurre igual con el discurso que reproduce *La Gaceta Regional* el 28 de julio, donde la imaginación del periodista hace decir a Unamuno palabras que no pronunció.

Salvar la civilización occidental cristiana fue el sincero pretexto de Unamuno para apoyar inicialmente el golpe militar. Mismo argumento y razón que tuvo para justificar la Primera Guerra Mundial, como le dijo por carta a Alcides Argueda a finales de 1914: «Francia lucha con Inglaterra y Rusia por el porvenir de la civilización cristiana contra la kultur pagana germánica». Dos años más tarde, el 6 de mayo de 1916, escribe a Chevalier similares palabras con motivo de dicha guerra: «Lo que hace falta es que acabe bien, que nuestro Dios, el de los hombres, dé la victoria a la civilización cristiana y greco-romana sobre la bárbara kultur científicada». Y, finalmente, análogo argumento expone a Olmsted el 15 de diciembre del mismo 1916, cuando se posiciona a favor de los aliados «en pro de la civilización cristiana».

Es decir, salvar la civilización occidental cristiana fue la idea obsesiva de Unamuno en los momentos que entendía arriesgada su continuidad. Así le ocurrió durante los meses previos al golpe militar y en los momentos iniciales. Lo dijo varias veces en voz alta y Franco lo repitió después tratando de usurparle la idea, pero fue inútil. Muy pronto se dio cuenta Unamuno que los métodos empleados para conseguir esa salvación no eran «civiles, occidentales ni, mucho menos, cristianos, sino africanos y salvajes, porque el grosero catolicismo tradicionalista español nada tiene de cristiano», opinión que confirmaría meses más tarde a Giusso:

La civilización es otra enfermedad. Esta civilización cristiana que yo ¡cándido de mí!, pedía que se salvase en España, no es aquí, y menos en manos de católicos españoles, cristiana. De cristiana nada tiene. Cuando se acabe esta salvaje guerra incivil, vendrá aquí el régimen de la estupidización general colectiva y el más frenético terror. La honda pasión española, la envidia –¡qué hondamente la estudió Quevedo!– el resentimiento, el odio a la inteligencia.

Negando que el golpe llevara a paz alguna, terminó convencido de que los militares vencerían pero no convencerían; conquistarían, pero no convertirían a nadie, porque la guerra no era contra el bolchevismo, sino contra el liberalismo, para terminar en la peor dictadura. Así, en el reverso del borrador de la carta que escribe a José Manuel de Santiago expresa el futuro que espera a la nación con la victoria de los militares: «Me temo que bajo la dictadura de Franco lo que menos se permita sea la franqueza. Lo que dominará será la molienda». Anticipa, igualmente, en vísperas del gran viaje, a Quintín de Torre, el doloroso futuro que espera a los intelectuales con la dictadura:

Lo que le digo desde ahora es que todos los buenos y nobles y patriotas españoles inteligentes, que sin haber tenido nada que ver con el Frente Popular, están emigrados no volverán a España. No volverán. No podrán volver como no sea a vivir aquí desterrados y envilecidos.

Palabras similares que vierte a Marià Garelli el 21 de noviembre:

Fuera de España hay intelectuales españoles que no pueden volver porque les fusilarían los hunos o los hotros. Esto es un infierno. Y el que se adhiere a uno u otro bando ha de ser sin condiciones y sin piedad.

Digamos, finalmente, que dos días después del golpe se militariza el personal de los servicios municipales, y Del Valle presenta la lista cerrada de tenientes de alcalde que es votada por los veintiséis concejales, apareciendo un voto en blanco. Don Miguel acepta presidir la comisión de Instrucción Pública, pero no vuelve a asistir a los Plenos del Ayuntamiento ni a pisar el Consistorio.

Es fácil imaginar que esta adhesión inicial a los sublevados provocó duras críticas y descalificaciones entre sus amigos de la izquierda, aunque nos falte testimonio escrito de ello. No es el caso del alcalde y compañero de claustro don Casto Prieto Carrasco, quien en su *Diario de a bordo*, escrito en la cárcel, deja constancia de su decepción con el amigo, en las notas del viernes 24 de julio, días antes de ser asesinado:

Dos hombres incalificables por hoy, Unamuno y Marcos Escribano, que nos abandonaron en las responsabilidades pasadas tan enormes y se suben hoy al carro del triunfador. No puedo menos de confesar, que me amarga la traición a sí propios; la de D. Miguel claro, no la del otro botarate.

#### 4. INICIO DEL CAMBIO

El fortalecimiento del cambio actitudinal de Unamuno respecto al golpe militar se produce previsiblemente el día 29 de julio cuando recibe la noticia de que se han encontrado acribillados a balazos los cuerpos sin vida de sus amigos Casto Prieto y José Manso en una cuneta de la carretera de Valladolid, asesinados por falangistas venidos de esta ciudad. Es entonces cuando presumiblemente comienza a ver claro que así no va a salvarse civilización alguna, sino todo lo contrario.

A este golpe moral se añade la detención del pastor protestante Atilano Coco el día 1 de agosto. Predicador amigo suyo, acusado de pertenecer a la masonería. Y nueve días más tarde recibe una gran sacudida anímica al ser detenido su querido Filiberto Villalobos, amigo leal, hombre honrado, médico del pueblo y ministro ejemplar. Estos hechos marcan el punto de inflexión importante, a los que se añade días después el asesinato de García Lorca en Granada, porque Unamuno no aceptó de forma alguna esas muertes y detenciones.

Comienza entonces las críticas hacia los rebeldes a quienes tilda de groseros, ramplones, estúpidos y chabacanos. Para él, lo que llaman orden no es sino muerte, y su paz, la de los cementerios. Manifiesta su disgusto con la Iglesia, maridada con los militares para salvarse ambos. Confiesa haber llorado ante la tragedia que ha caído sobre España, asume su responsabilidad en la misma y reconoce el error. No obstante, mantiene aparentemente una cierta conformidad con los rebeldes, que le anima a entregar en los primeros días de agosto la importante cantidad de cinco mil pesetas para la causa militar. Algo desconcertante y difícil de explicar fuera de su contexto vital, en un momento de serias dificultades económicas para él. Recordemos lo que escribe en sus notas personales el 5 de noviembre:

Hace tres meses desde que se desencadenó la guerra esta de locura y odio, la guerra incivil, no sé nada ni de mi yerno y mis dos hijos que en Madrid quedaron. Ni en rigor quiero saber; tengo miedo. Están las tropas llamadas nacionales a las puertas de Madrid y tiemblo que –si mis hijos no han muerto, si no los han matado, si no los han hecho ir al frente rojo– se me presenten aquí, exhaustos, a aumentar la carga de mi hogar que se arruina, a mirar con más espanto al porvenir de mi familia. ¡Y yo en desgracia!

De todas las hipótesis posibles manejadas por el autor de este artículo para explicar este hecho y otros similares que irán apareciendo, cobra fuerza la del temor justificado por encima de la convicción personal del rector, pues sus ideas y la situación económica que atravesaba no favorecerían tanta generosidad. Obsérvese que en el párrafo anterior declara literalmente tener miedo, algo que no debe extrañar a quien conozca su situación en aquel momento. Téngase en cuenta que la Salamanca nacional tomaba drásticas medidas contra los desafectos a la causa. No obstante, para mayor desconcierto, días después le confiesa a André Salmon en una entrevista, que entregó ese dinero para contribuir a la guerra que salvaría de su aniquilación la civilización cristiana. Pero del valor real que debemos dar a las entrevistas concedidas en ese tiempo ya hemos hablado antes.

El sábado 22 de agosto el gobierno de la República anula su nombramiento como rector vitalicio y le separa de todos los cargos que le había otorgado:

«Decreto disponiendo quede derogado y nulo en todos sus efectos el de 30 de Septiembre de 1934, por el que se nombraba a D. Miguel de Unamuno y Jugo Rector vitalicio de la Universidad de Salamanca.

Gaceta de Madrid: Diario Oficial de la República núm. 236, de 23/08/1936  
(Página 1427)

Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes

El Gobierno ha visto con dolor que D. Miguel de Unamuno, para quien la República había reservado siempre las máximas expresiones de respeto y devoción y para quien había tenido todas las muestras de afecto, no haya respondido en el momento presente a la lealtad a que estaba obligado, sumándose de modo público a la facción en armas.

En vista de ello, de acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del de Instrucción Pública y Bellas Artes

Vengo a Decretar:

Artículo 1º. Queda derogado y nulo en todos sus extremos el Decreto de 30 de septiembre de 1934, por el que se nombraba a D. Miguel de Unamuno y Jugo Rector Vitalicio de la Universidad de Salamanca, que creaba en este Centro docente la Cátedra “Miguel de Unamuno”, señalando como titular de ella al mismo señor, y se designaba con dicho nombre al Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Bilbao.

Artículo 2º. Queda asimismo separado de cuantos otros cargos o comisiones desempeñara relacionados con el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Dado en Madrid a veintidós de Agosto de mil novecientos treinta y seis.

MANUEL AZAÑA

El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes

Francisco Barnés Salinas»

Mientras esto ocurre Unamuno acrecienta sus críticas contra *hunos* (rojos y sangre) y *botros* (blanco y pus) considerando que ambos son responsables de la tragedia española, atribuyendo a la falta de cultura y a la radicalización generalizada de laicismo, las causas de todos los males.

Comienzan a llegarle críticas de intelectuales republicanos en el primer número de la revista *Mono Azul*, editada por la Alianza de Intelectuales Antifascistas que se unen a la campaña que mantienen contra él los frentepopulistas madrileños, afirmando que Unamuno se alzaba al lado de la mentira, la traición y el crimen. Y los marxistas le tachan de chalado, bilioso, cínico, atrabiliario, fascista y antiliberal. Se defiende de tan duros insultos afirmando que él no ha cambiado, ni tiene pensado hacerlo. Que quienes cambiaron fueron los sucesivos gobiernos que hicieron de la República lo que no debía ser. Pero sirven de poco sus palabras, pues en un artículo impreso en Madrid el 27 de agosto, puntualiza a su modo Armando Bazán: «El marxismo nos señalaba a gritos que la obra de Unamuno estaba toda alimentada de sangre reaccionaria». Insiste nuestro protagonista en no encontrarse ni a la derecha ni a la izquierda, ni con unos ni con otros, sino con la razón, lejos de la epidemia de locura que estaba asolando el país, como le dice a Knickerbocker y Kazantzakis, entre otros.

El primero de septiembre, la Junta de Defensa Nacional lo confirma como rector vitalicio y le devuelve todas las prerrogativas y atribuciones que le otorgaba el abolido decreto republicano de 30 de septiembre de 1934:

«Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España núm. 15, de 04/09/1936

(Página 59):

Ostenta la personalidad de D. Miguel de Unamuno en el campo docente, como en otras manifestaciones de la cultura, bien acusados relieves que le otorgan destacada notoriedad. De otro lado, la cruzada emprendida por España –pueblo y Ejército– para librar a la Civilización de Occidente del secuestro en que gentes incomprensivas de su excelencia la retenían, ha merecido de tan ilustre prócer del saber la adhesión fervorosa y el apoyo entusiasta que de intelecto y espíritu tales cabía esperar.

A circunstancias tan preclaras y a tan relevantes hechos, cúspide feliz de una vida, ascendente sin rellanos ni altos en su declive, y que antes de ahora movió a homenaje a quienes el poder público representaban, no ha de corresponder la Junta de Defensa Nacional con desdén ni siquiera con olvido o indiferencia, antes al contrario, a fuer de directora del gran movimiento nacional, siente el deber de hacerse eco de unas y otros, de destacarlos ante propios y ajenos y honrarlos cual requiere la Justicia. Más aún, cuando los verdugos de aquella Civilización cuyas huestes libertadoras han visto reforzado el entusiasmo en su afán santo con el hálito patriótico del pecho siempre sincero del maestro de Salamanca, acusan el matiz dominante de su

empresa con la pretensión de derrocar, a golpe de pluma, lo que aquel solamente le fue reconocido por los hombres ya que no por ellos, sino por Dios otorgado.

Por tanto, como Presidente de la Junta de Defensa Nacional, y de acuerdo con esta, vengo a decretar:

Artículo único. Se confirma a D. Miguel de Unamuno en los cargos de Rector vitalicio de la Universidad de Salamanca y titular de la cátedra de su nombre en el mismo Centro, con cuantas prerrogativas y atribuciones se le confieren en el Decreto de treinta de septiembre de mil novecientos treinta y cuatro.

Dado en Burgos a primero de septiembre de mil novecientos treinta y seis.

MIGUEL CABANELLAS

Con esto se pone de manifiesto lo que fue su vida –y continúa siendo hoy su memoria–, desenvuelta entre el abucheo de unos y el aplauso de otros, hasta los últimos meses de su vida en que fue rechazado por hunos y por *botros*, «responsables de estar descuartizando España. Osos y sapos que descargan el resentimiento dando muerte al rival», como dice en *El resentimiento*.

No obstante, días después todavía aparenta mantener una cierta confianza en los militares al declarar abiertamente al periodista de *Le Matin*, Louis Marie Merry Bromberger:

Yo mismo me asombro hoy de no confiar más que en los militares. El ejército es el único armazón sobre el que puede construirse algo verdaderamente serio en España.

Esta declaración sorprende puesto que Unamuno siempre se manifestó en contra de ellos. En la misma línea declara días después a Pedro de León, periodista del semanario sevillano *Falange Española*, su posición junto a los rebeldes pidiéndoles moderar la represión en la ciudad: «A los nuestros les digo que hay que ser duros en el frente, pero no en la retaguardia». No obstante, leídas estas declaraciones, reiteramos la advertencia ya hecha sobre la cautela a tener con las entrevistas.

## 5. ALTERUTRALIDAD

Parece claro que a partir de finales de julio Unamuno comienza a modificar su posición ante los acontecimientos, manteniéndose en ello más allá del discurso pronunciado en el Paraninfo el 12 de octubre. Así vemos que don Miguel se sitúa lejos de los extremos, sin eliminar a ninguno de ellos en concreto ni optar por facción alguna, algo que ya había expresado el 17 de diciembre de 1935 en el artículo V de la serie «Programa de un cursillo de Filosofía social barata», publicado en *Ahora*:

Mi posición es de alterutalidad. Que si de neutralidad –de «neuter», neutro, ni lo uno ni lo otro– es la posición del que está en medio de dos extremos –supuestos los dos– sin pronunciarse por ninguno de ellos; de «alterutalidad» –de «alteruter»,



uno y otro— es la posición del que está en medio, en el centro, uniendo y no separando —y hasta confundiendo a ambos.

Unamuno se declara alterutro, pretendiendo con esta posición equilibrar ambos polos, sin eludir la crítica simultánea a las dos partes. Por eso acusa a *bunos* y *botros* de repartirse beneficios, en lugar de ocuparse en producir bienes. Así se lo cuenta a ciertos amigos por carta, advirtiéndoles que hubiera sido tremendo para el país la prevalencia del régimen bolchevista, ruso o marxista; pero teme que el nuevo régimen formado por los que no quieren renunciar a la venganza, sea la tumba de la libre espiritualidad española, intuyendo que entre marxistas y fascistas, iban a dejar a España inválida de espíritu.

A Kazantzakis le confirma su independencia en la entrevista que mantienen el 20 de octubre: «Ni soy fascista ni soy bolchevique. ¡Yo estoy solo! ¡Estoy solo!». Esta es su posición ante lo que estaba sucediendo en España, y no otra, mientras su corazón se iba llenando de cruces, porque en poco tiempo debe añadir a sus amigos ya muertos, los fusilamientos de Salvador Vila y Atilano Coco. Respecto al asesinato del primero, escribe el día 26 de noviembre en *El Resentimiento* uno de los más duros alegatos contra los falangistas: «¡Esos degenerados andaluces, con pasiones de invertidos sifilíticos y de eunucos masturbadores!».

Reparte sus críticas por igual a los dos bandos. Así, censura al gobierno republicano al tiempo que afirma su desconfianza en los militares reconociendo que con ellos no puede prosperar nada porque son unos «botarates» que hundirán la nación. Habla de un gobierno madrileño delicuescente y de una Junta militar temerosa de la inteligencia, declarando que los analfabetos en España se deben a los que han reinado siempre: generales, curas y banqueros. Critica los vínculos de la izquierda con el bolchevismo, mientras repite que no hay peor maridaje que la mentalidad de cuartel con la sacristía. Según él, los *bunos* quieren acabar con la Iglesia y el fajismo; pero los *botros* con la anti-España y el liberalismo. Si el anarquismo libertario no admite el Estado, para el fajismo no hay más que Estado. El 21 de noviembre concreta todo ello en las palabras que escribe a Mariù Garelli:

Se ha establecido un régimen de terror de una parte y de otra, por los unos y los otros. (Por los *bunos* y los *botros*) Todos piden sangre y exterminio y guerra sin cuartel.

Continúa reiterando análogas palabras que a otros corresponsales, y, por si quedara duda sobre su posición, deja un triste recuerdo a los colegas:

Fuera de España hay intelectuales españoles que no pueden volver porque les fusilarían los *bunos* o los *botros*. Esto es un infierno. Y el que se adhiere a uno o al otro bando, ha de ser sin condiciones y sin piedad.

La causa de todo lo que sucede tiene para él un origen cultural y religioso, basado en patologías de fácil diagnóstico y difícil tratamiento:

A las incalificables salvajerías de los métodos rojos se respondían con otras. Y es que España, esta mi pobre España, está loca y aterrada de sí misma. Padece de una enfermedad mental, de una dementialidad colectiva. Y con cierta base patológica, frenopática, corporal o somática.

Parecidas reflexiones confirma por carta a Giusso, condenando además los procedimientos seguidos por cada bando para aniquilar al otro con el mayor desprecio:

He venido viendo que los métodos que este Gobierno emplea para esa obra salvadora, ni son civilizados, ni occidentales, ni menos cristianos. Todo lo que se diga de la salvajería de las hordas llamadas rojas o marxistas (??) es poco, pero y la de los otros. Tan salvajes como los hunos son los hotros, en esta guerra sin cuartel, sin piedad, sin humanidad y sin justicia. De un lado, criminales vulgares, expresidarios, degenerados sin ideología alguna, y del otro lado... Y es que lo de España es una enfermedad mental colectiva, una epidemia frenopática, una especie de parálisis general progresiva, y no sin cierta base somática. Es el régimen de terror por las dos partes. España está asustada de sí misma, horrorizada. Ha brotado toda la lepra católica y anticatólica. Aúllan y piden sangre hunos y hotros.

El futuro de España, lejos del marxismo, tampoco consuela a Unamuno porque la llegada al poder de los militares tendrá las mismas consecuencias:

Es posible que se aleje de España el peligro del bolchevismo: ¿pero es que el otro peligro, el de los *hotros*, es menos malo?... La salvación está en la posición dialéctica y algo escéptica, y en el fondo, trágica.

Pasan los días y la alterutalidad de Unamuno se mantiene intacta hasta casi el final de sus días, como reitera a Quintín el 1 de diciembre, con similares palabras que a otros corresponsales:

En este estado y con lo que sufro al ver este suicidio moral de España, esta locura colectiva, esta epidemia frenopática –con su triste base, en gran parte, de cierta enfermedad corporal– figúrese como estaré. Entre los unos y los otros –o mejor los hunos y los hotros– están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo a España. Si, sí, son horribles las cosas que se cuentan de las hordas llamadas rojas, pero ¿y la reacción a ellas? Sobre todo en Andalucía. Usted se halla, al fin y al cabo, en el frente, pero, ¿y en la retaguardia? Es un estúpido régimen de terror.

Tampoco modifica su previsión hacia el futuro que espera a España:

Tremendo hubiera sido el régimen bolchevista, ruso o marxista –como quiera llamársele– si hubiera llegado a prevalecer pero me temo que el que quieren sustituirle, los que no saben renunciar a la venganza, va a ser la tumba de la libre espiritualidad española.

Porque:

Entre marxistas y fascistas, entre los *hunos* y los *hotros*, van a dejar a España inválida de espíritu, pues el problema hondo aquí es el religioso. El pueblo español es

un pueblo desesperado que no encuentra su fe propia. Y si no se la pueden dar los *bunos*, los marxistas, tampoco se la pueden dar los *botros*.

No concede la mínima excusa a cualquiera de las dos facciones, y lo expresa con la mayor dureza en el *Resentimiento*:

El que una horda de locos energúmenos, de desesperados, mate a un número de ricos sin razón ninguna, por bestialidad, no me parece tan grave como el que unos señoritos saquen a un profesor de su casa, con una orden militar, y le asesinen por suponerle... ¡masón!

Juego de palabras en permanente paradoja para definir la posición que mantienen ambos contendientes: «De un lado la desesperación de la resignación, del otro la resignación de la desesperación». Como ya se ha dicho, reafirma su crítica a los dos bandos denunciando de nuevo el desinterés común por la patria: «Están unos contra otros por el reparto en vez de unirse por la producción». Y dedica su último esfuerzo arterutral a unirlos en beneficio de la España que él tanto amó: «La que los *botros* llaman Anti-España, la liberal, es tan España como la que combaten los *bunos*».

En opinión de Unamuno, el que más vale es Indalecio Prieto; Azaña es un frívolo; Mola un monstruo de perversidad, ponzoñoso, vengativo y rencoroso; Giménez Caballero, un loco; vesánico, Martínez Anido; y Millán Astray un sapo rijoso. Guarda afecto a José Antonio, pareciéndole un muchacho inteligente y simpático; expresa igualmente su simpatía por el falangista Eugenio Montes y mantiene la confianza en Franco, declarando en septiembre: «Militarmente, al menos, este soldado puede salvar a España», aunque lo considerara un pobre hombre, como le cuenta a Quintín de Torre poco antes de morir, en pleno arrepentimiento por su inicial adhesión a los sublevados:

Qué cándido y qué ligero anduve al adherirme al movimiento de Franco, sin contar con los otros, y fiado –como sigo estándolo– a este supuesto caudillo. Que no consiga civilizar ni humanizar a sus colaboradores. Dije, y Franco lo repitió, que lo que hay que salvar en España es la «civilización occidental, cristiana» puesta en peligro por el bolchevismo, pero los métodos que emplean no son civiles, ni son occidentales sino africanos –el africano no es, espiritualmente, Occidente– ni menos son cristianos. Porque el grosero catolicismo tradicionalista español apenas tiene nada de cristiano. Eso es militarización africana pagano-imperialista: y el pobre Franco, que ya una vez rechazó –sí bien tímidamente– aquello de Primo de Ribera de «los de nuestra profesión y casta», refiriéndose a la oficialidad de carrera, que no es el ejército, como el clero no es la Iglesia, el pobre Franco se ve arrastrado en ese camino de perdición. Y así nunca llegará la paz verdadera. Vencerán, pero no convencerán; conquistarán, pero no convertirán.

Leído esto, no puede afirmarse que Unamuno tuviera una opinión negativa de Franco, sino todo lo contrario. Argumento que se refuerza con las últimas confidencias que hace a su amigo:

En cuanto al caudillo –supongo que se refiere al pobre general Franco– no acaudilla nada en esto de la represión, del salvaje terror de retaguardia. Deja hacer. Esto, lo de la represión de retaguardia, corre a cargo de un monstruo de perversidad, ponzoñoso y rencoroso, que es el general Mola, el que sin necesidad alguna táctica, hizo bombardear nuestro pueblo. Ese vesánico no ha venido –al revés de Franco– si no a vengar supuestos agravios de tiempo de la dictadura primo-riberana y a satisfacer los odios carlistas de los que en las anteriores guerras civiles se ensañaron con nuestro Bilbao.

No sólo muestra cierta simpatía por Franco, sino que expresa su comprensión por el militar en noviembre, confesándole a Fajans: «Apoyé con toda mi alma al general Franco. Pero luego otras tendencias empezaron a prevalecer en la Junta, y Franco se dejó llevar». Finalmente, refuerzan nuestras afirmaciones las declaraciones –¿ciertas?– que hizo a Boaventura unos días antes de morir, tras la visita que hizo al general en el palacio episcopal: «Franco es un buen hombre y un gran general».

Vistos los calificativos e insultos que propina a Mola, Martínez Anido y otros líderes militares, no hay muchas razones para pensar en falsos reconocimientos a Franco teniendo en cuenta que proceden de alguien que no dudó en mantenerse en el exilio voluntario, increpando al dictador Primo de Rivera y al Rey de España. Tilda de mastines, hienas e ignorantes a los rebeldes. También hay un lamento para los asesinados en / por cada bando en *El Resentimiento*:

¡Pobre teniente Castillo! y ¡pobre Calvo Sotelo! Bolchevismo y fajismo son las dos formas –cóncava y convexa– de una misma y sola enfermedad mental colectiva que consiste en exterminar... extirpar... fulminar.

No obstante, insistimos en recordar que algunas de sus declaraciones y actuaciones concretas en momentos significativos de aquellos meses no fueron por convicción, ni por acuerdo con las actuaciones de los militares, ni por compromiso político con ellos o por afinidad ideológica con su causa. Consideramos que contribuyó a ellas un razonable miedo físico personal, estimulado por la necesidad de vivir para los hijos que aún tenía a su cargo, unido al instinto natural de supervivencia ante la barbarie y la sinrazón que le rodeaba. Esas pueden ser algunas de las razones que le llevaron a presidir como Rector el 26 de septiembre el Claustro donde se aprobó el Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del mundo sobre la guerra civil española. Documento redactado por Ramos Loscertales donde se apoyaba la causa militar. También en su condición de Rector presidió la Comisión Depuradora de Profesores y Maestros, aunque sin la implicación personal que los militares esperaban de él.

A tenor de las cartas, entrevistas y documentos íntimos que escribe durante aquellos meses, estos hechos no pueden explicarse como libre y voluntario compromiso de un pacifista liberal con los rebeldes, sino bajo la presión irracional de una situación de locura colectiva provocada por los rebeldes. Así se justifica el punto y seguido que pone el 12 de octubre en el Paraninfo universitario, tras escribir el

29 de septiembre –día de su santo y cumpleaños– unos proféticos versos, anunciando el fin de un sueño de locura, premonitorio del anticipado resurgir de un nuevo hombre sin esperanza en el futuro:

1743

Horas de espera, vacías;  
se van pasando los días  
sin valor,  
y va cuajando en mi pecho,  
frío, cerrado y deshecho,  
el terror.  
Se ha derretido el engaño  
¡alimento que fue antaño!  
¡pobre fe!  
lo que ha de serme mañana  
... se me ha perdido la gana...  
¡no lo sé...!  
Cual sueño de despedida  
ver a lo lejos la vida  
que pasó,  
y entre brumas en el puerto  
espera muriendo el muerto  
que yo fui.

Cerremos este apartado recordando que pagó un alto precio por su antimonarquismo y compromiso político con la República, no compensado por el desprecio y los insultos que le enviaron los republicanos desde la prensa, firmando Azaña la derogación de los nombramientos y honores concedidos por el gobierno republicano el día de su jubilación. Ya sabemos que posteriormente fue restituido en todos los cargos por los sublevados, para ser defenestrado por completo cuando Franco firma el Decreto de destitución con motivo de los incidentes acaecidos en el Paraninfo, que analizaremos a continuación.

## 6. RUPTURA EN EL PARANINFO

En contra de las afirmaciones hechas por ciertos escritores, hay que dejar claro que la actitud de Unamuno en el acto celebrado el 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad salmantina, criticando la situación y expresando su desconfianza en el futuro, no fue debida a una reacción aislada, ni se trató de algo espontáneo e irreflexivo como respuesta circunstancial a una provocación concreta. Fue la expresión pública y airada de toda la amargura que venía acumulando desde finales de julio, traducida en desesperanza.

A tan clara réplica llegó don Miguel por razones de importancia variable, pero todas ellas relevantes: la separación de algunos hijos; su arrepentimiento por la responsabilidad que pudiera tener en los hechos; el asesinato y detención de sus

amigos; la demencia colectiva; las matanzas indiscriminadas; el discurso del Papa en Castelgandolfo; la pastoral «Las dos ciudades» del obispo Pla y Deniel; las cartas de mujeres pidiéndole intercesión por sus maridos; la brutal represión que se vivía en Salamanca; la militarización de la ciudad; los ensayos armamentísticos alemanes; las críticas que recibe; el asco que comienza a sentir de ser hombre; y el dolor de España en el corazón, que fue su mayor enfermedad. Estas razones y no otras, provocaron en Unamuno la reacción que tuvo el 12 de octubre en el acto de exaltación de la raza que él mismo presidía en nombre de Franco. Expresión de la hartura acumulada en los meses precedentes, por los hechos ya citados.

Estando así las cosas, tuvo lugar un acto en el Paraninfo universitario que marcaría el punto de inflexión definitivo, a partir del cual desaparece la prudencia mantenida por él en beneficio, tal vez, de su seguridad personal –origen de ciertas ambigüedades– y hace públicos algunos sentimientos que no habían salido plenamente de las frías estancias domésticas de la casona familiar de Bordadores. Todo cuanto había guardado en su interior durante los últimos meses se proyectó hacia fuera con valentía, firmeza y convicción, pero sin violencia, liberando la frustración comprimida en su alma durante nueve semanas, para sorpresa de quienes ignoraban su verdadero sentimiento. Desde la tribuna universitaria hizo pública la ingenua confianza que tuvo inicialmente en los militares, convencido de que el golpe de timón que pretendían dar no iba en la dirección esperada por él, superando el humano miedo de que pudiera sucederle algo a él o a sus hijos.

Pidió cordura, condenó la barbarie, denunció la represión, solicitó clemencia y exaltó el valor de la razón como cualidad humana que debía gobernar el comportamiento y las actitudes de las personas. Fue un rechazo a la brutalidad ejercida por los militares, a su incultura, a su desprecio por la vida, a sus amenazas, a su brabuconería africanista, a su deseo de dar muerte a ciertos intelectuales, y al previsible hundimiento de España con la dictadura que se avecinaba, lo que abrió de par en par las puertas de su alma en aquel acto, donde acabó poniendo su vida encima de la mesa para defender la Vida, ante militares que llevaban meses vito-reaban a la muerte.

Como ya se ha dicho al comienzo de este epígrafe, no pueden aceptarse algunas interpretaciones sobre lo sucedido la mañana del día 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo, que atribuyen a ese acto su cambio de actitud ante lo que estaba sucediendo, puesto que lo ocurrido allí representaba solamente el punto final de un largo tiempo de frustración y desengaño, que comenzó a los pocos días de producirse el golpe de Estado. Es difícil aceptar un cambio actitudinal tan definido, si éste no se hubiera ido gestando en los meses precedentes.

Es más, como añadido a la situación de rechazo que estamos describiendo cabe decir que Unamuno se mantuvo siempre en contra de festejar a la raza en los términos que tradicionalmente se hacía, por entender que tal celebración estaba contaminada de racismo, política y religión, unidos en un despreciable cóctel del que siempre trataban de beneficiarse integristas y reaccionarios, manteniéndose don

Miguel frente a ellos y defendiendo el lenguaje universal como justificación y argumento de dicha fiesta.

Nadie duda de la adhesión inicial de Unamuno a los sublevados porque es él mismo quien nos lo dice, y pruebas testimoniales hay de ello en los primeros momentos de la rebelión: su presencia en la terraza del Café Novelty tras producirse el «tiro en la Plaza»; la continuidad en la concejalía y el rectorado universitario; su altiva posición en primer plano de la foto posterior a la constitución del Ayuntamiento rebelde el 25 de julio; y sus críticas al gobierno constitucional republicano, entre otras cosas. También hay unanimidad en aceptar que la ruptura pública se oficializa el 12 de octubre, y con esta teoría coincidimos, distinguiendo entre ruptura pública y ruptura definitiva, porque la segunda se produce mucho antes de esa fecha en que se da carta de naturaleza a la postura ya consolidada semanas antes, aunque no tengamos respuestas claras y contundentes a ciertos interrogantes suscitados por la tibieza mantenida por él en ese tiempo, mostrada en aspectos concretos que aparentaban adhesión a los rebeldes y apoyo a la causa militar.

Cabe entonces preguntarnos por qué Unamuno contuvo hasta entonces los gestos allí expresados; por qué no mostró antes con tanta rotundidad su postura; por qué no abortó antes los pensamientos allí vertidos; por qué permitió que muchos confundieran su alterutalidad con ambigüedad —¿calculada?—, entremezclando adhesiones y críticas; por qué entregó una importante cantidad de dinero para la causa militar; por qué aceptó el rectorado de los sublevados; por qué firmó el manifiesto de la Universidad; por qué presidió la Comisión depuradora de profesores; y por qué mantuvo una cierta simpatía por Franco. Citamos estas actitudes como las más desconcertantes en un liberal republicano, tan comprometido con la verdad y tan imprudente en sus opiniones hasta entonces.

A quien firma el presente artículo no escapa que la adhesión inicial duró apenas unos días, porque tiene el convencimiento que enseguida los hechos vinieron a contradecir las intenciones iniciales supuestas por Unamuno en los sublevados. ¿Por qué entonces no se manifiesta tan abiertamente contra ellos hasta el 12 de octubre, manteniendo en las primeras semanas la actitud ya expresada? No es fácil dar una respuesta a esta pregunta porque tampoco lo explica Unamuno de manera tan contundente como muestra su inicial adhesión a los golpistas, aunque declare su ingenuidad al hacerlo.

Pero basta conocer un poco al personaje, observar sus actitudes durante los meses previos al acto en el Paraninfo, hacer una lectura contextual de las entrevistas que concedió, analizar las cartas enviadas, poner en situación los discursos pronunciados y examinar lo sucedido, para llegar a la conclusión ya comentada. Habla Unamuno en ese tiempo de salvajadas, de desprecio a la vida, de miedo a morir, de guerra incivil, y de engaño, confesando haber llorado viendo desangrarse España. Entendemos que tales declaraciones podrían bastar para justificar una posición difícil de comprender sin ellas.

Profundicemos, pues, en el acto celebrado en el Paraninfo de la Universidad salmantina, donde Unamuno definió su postura ante los mandos locales, clarificando

públicamente su posición ante la guerra civil que asolaba España, su doliente España. En el salón universitario dio el paso definitivo, elevando su palabra por encima de las pistolas y diluyendo sabiamente los exabruptos de un militar tuerto y mutilado que pedía –a gritos, según dicen algunos– la muerte de los intelectuales.

Evitamos relatar lo acontecido al final del acto celebrado en el Paraninfo universitario la mañana del 12 de octubre de 1936, por tres razones: la primera, porque carecemos de datos fiables sobre lo sucedido realmente al término de dicha ceremonia académica, a pesar de haber hablado personalmente con un testigo presencial de los hechos; en segundo lugar, porque tenemos serias dudas sobre lo narrado por algunos autores al respecto; y, finalmente, por ser bien conocidos los hechos que describen el supuesto enfrentamiento dialéctico mantenido por el Rector con el jefe de la propaganda militar el día de la fiesta de la *razzia* –más que de la raza–, ya descritos por demasiados investigadores. Analizaremos, pues, solamente lo sucedido con posterioridad a la famosa escena, tras narrar los hechos que consideramos fiables, reflexionando luego en torno a ello, para terminar comentando algo sobre el estado anímico de don Miguel.

El programa de actos a celebrar con motivo de la fiesta de la raza, elaborado por la oficina de propaganda cuyo jefe era Millán Astray, constaba de dos ceremonias: una pretendidamente religiosa y la otra supuestamente académica. Decimos esto porque ninguna de los dos alcanzó su aparente objetivo dado que ambas fueron una exaltación patriótica, o patriotera, como diría Unamuno. La Guardia Cívica se encargó de organizar la misa que tuvo lugar a las diez de la mañana en la catedral, presidida por Carmen Polo, a la que asistió el vicerrector Esteban Madruga en nombre de Unamuno, representando a la Universidad. Allí se produjo el primer discurso sacropatriótico pronunciado por el oficiante, padre Guillermo Fraile, en presencia del obispo Pla y Deniel que se mantuvo complaciente en su silla episcopal.

Concluida la misa, Esteban Madruga, que vivía a pocos metros de la casa de don Miguel, pasó a recogerle para ir juntos al acto académico que comenzaba a las doce en el Paraninfo. De camino al salón universitario, el vicerrector fue contándole a Unamuno los pormenores ocurridos en la ceremonia religiosa y el plan previsto para el acto académico que se iba a celebrar, haciéndole prometer al rector que no hablaría en el acto, pasase lo que pasase, promesa que Unamuno incumplió.

Según crónica publicada en *El Adelanto*, media hora antes de comenzar el acto literario se encontraban a la puerta de la Universidad los «simpáticos y valientes falangistas» controlando la entrada de invitados al acto y acomodando a cada cual en el Paraninfo para evitar problemas, sabiendo que el acto iba a ser transmitido por Radio de Valladolid a Salamanca, resto de España y países hispano-americanos.

Sigue la crónica diciendo que se formó la mesa presidencial con Unamuno a la cabecera como Rector, teniendo a su derecha al teniente coronel don Miguel Pérez Lucas, representante del Gobernador militar de la plaza, coronel señor Baigorri; al Presidente de la Diputación don Francisco Márquez; y al orador don José María Pemán. Situándose a su izquierda el alcalde de Salamanca don Francisco del Valle, y el Delegado de Hacienda don Benito Jiménez. Una vez formada la mesa,



hizo su presencia en el Paraninfo el Jefe de Propaganda, general Millán Astray, al que el auditorio tributó una gran ovación. Según el cronista, a los pocos minutos se produjo entre el público un movimiento de expectación motivado por la presencia de la excelentísima señora doña María del Carmen Polo de Franco, esposa del Jefe rebelde, que llegó a la sala acompañada del ayudante de Franco, teniente coronel Varela, y del obispo, saliendo Millán Astray al encuentro de la señora para acompañarla al estrado presidencial, ocupando el primer sillón a la derecha de Unamuno, situándose a su izquierda el obispo Pla y Deniel y el propio general Millán Astray, según el testimonio gráfico disponible. Algunos investigadores afirman que también se encontraban a su izquierda en la mesa presidencial: el presidente de la Audiencia, don Manuel del Busto; el Delegado de Hacienda don Benito Jiménez Ezquerro; y a su derecha el gobernador civil don Ramón Cibrán Finot; el teniente coronel don Miguel Pérez de Lucas; el Presidente de la Diputación, don Francisco Márquez; el alcalde de Salamanca, don Francisco del Valle; y José María Pemán.

Abrió el acto Unamuno como presidente del mismo pronunciando unas breves palabras antes de dar paso al primero de los cuatro oradores que iban a intervenir en un escenario decorado con flechadas camisas azules, mucetas de distintos colores y verdes uniformes legionarios dispersos.

Comenzó hablando Ramos Loscertales, Decano de la Facultad de Letras, ligando un discurso erudito de carácter histórico, elogiando el orgullo nacional de los militares, y hablando de la iniciación de los descubrimientos. Después intervino el padre Vicente Beltrán de Heredia, de la orden de predicadores, quien habló de los maestros salmantinos en América, especialmente del padre Vitoria, de las leyes de Burgos, primer código de la colonización americana. Todo normal hasta ese momento. Fue entonces cuando tomó la palabra Francisco Maldonado de Guevara comenzando a politizar el acto con expresiones que no pudo aceptar Unamuno, como que los rusos eran un pueblo demoníaco, o que los rojos suprimían la belleza y corrompían el arte sumiendo al pueblo en un abismo demoníaco irredimible. Tampoco le resultó fácil digerir que la misión de España había sido tradicionalmente enfrentarse a Oriente, bien al Islam en la Edad Media o a los turcos en el siglo XVI, y en aquellos días al comunismo ruso. Continuó hablando de una España roja sumida en la anarquía y llevada tras los estertores de la muerte por una demencia incendiaria. Pero lo que pudo ser el detonante de la intervención de Unamuno fue la identificación que allí se hizo de la anti-España, reducto de primitivismo y barbarie, con una crítica a catalanes y vascos, pidiéndose casi su exterminio en aquella «fiesta étnica».

Esto le pareció a nuestro hombre tan intolerable y vergonzante que sacó del bolsillo la carta que le había llevado días antes a su casa Enriqueta –la esposa del pastor protestante Atilano Coco–, mientras convalecía de un fuerte catarro, y comenzó a tomar unas notas en el reverso de la misma, a modo de guión, para responder a todo ello al final del acto, como imprevisto cierre del mismo. Más moderadas fueron las palabras de José María Pemán quien agradeció a don Miguel

la invitación que le había hecho para tomar parte en el acto, y lo calificó de nuevo componente de la cruzada, donde se libraba la batalla del pensamiento, de la idea y del espíritu. Consideró Pemán que los militares tenían la misión de defender los valores de la civilización cristiana, colocando como principio a Dios. Según él, España, como brazo derecho de la civilización cristiana, estaba dispuesta a sangrarse como un día se sangró frente a turcos y moros. En su opinión, los militares iban a librar a España de quienes durante mucho tiempo habían servido los platos fríos de Europa con el marcado marxismo ruso. Pidió al final que todos hicieran en cada uno de sus pechos un Alcázar de Toledo y vivieran con la única consigna de: ¡España, siempre España y nada más que España! En esto último es en lo único que pensó siempre Unamuno. Por eso estuvo tan enfermo de ella.

Como ya hemos dicho, no era intención de don Miguel hablar durante el acto, pero una fuerza interior irreprimible le impidió callar porque en la España que tanto mencionaban no se estaba defendiendo civilización alguna. Se trataba simplemente de una guerra incivil, por eso en el acto sucedió lo que podría haber sucedido en cualquier otro momento pues ya no estaba dispuesto a seguir diciendo en voz baja lo que pedía gritar el corazón. Nadie esperaba sus palabras pero éstas llegaron, porque el silencio significaba complicidad y aprobación de cuanto allí se afirmó.

Lo que estaba sucediendo no iba a salvar nada de cuanto decía querer salvar, pudo decir Unamuno. A los militares les advirtió que vencer no es convencer, y es probable que aludiera a la tan repetida anti-España de vascos y catalanes, recordando a todos que el obispo salmantino Pla y Deniel, primer catequista oficial, era catalán; y que el Rector de la Universidad, vasco, nacido en Bilbao, llevaba toda la vida enseñando la lengua española, el verdadero imperio. Las notas que figuran en el reverso de la carta ya aludida, hace pensar que también hablaría de compasión y no de odio; sobre todo del odio a una inteligencia crítica y diferenciadora, inquisitiva y no inquisidora, a una inteligencia que es examen y conciencia; hablaría de Rizal, médico, escritor y héroe de la independencia filipina, que murió fusilado por sus compatriotas españoles; de la guerra incivil, no internacional, que se estaba librando en España; de descubrir un mundo nuevo; de bolchevismo y fascismo como formas cóncava y convexa de la misma demencia colectiva; y, tal vez hablaría de alguna cosa más relacionada con situación.

Tras finalizar el acto a las dos de la tarde, el alcalde invitó a comer a los oradores y a la comisión organizadora, recibiendo Millán Astray elogios y felicitaciones de todos los asistentes al banquete.

A esta crónica «oficial» de los hechos, cabe añadir unas reflexiones que ayuden a comprender ciertos extremos nada claros que surgen cuando se analizan detenidamente algunos hechos y documentos relacionados con lo sucedido.

Cierto es que no estuvo prevista la intervención de Unamuno en el acto, pero también es cierto que no fue improvisado su contenido.

Es importante advertir que no se grabó ni registró el discurso por método alguno, ni la prensa reprodujo nada de él al día siguiente –ni más tarde–, puesto que *El Adelanto*, por ejemplo, ni siquiera mencionó el teórico incidente, a pesar de incluir un amplio reportaje sobre el acto, reproduciendo incluso los discursos allí pronunciados por los conferenciantes que precedieron a don Miguel en el uso de la palabra. Dice simplemente:

Finalizó el acto con unas breves palabras del señor Unamuno y otras del heroico general Millán Astray, combatiendo a los hombres que permanecen encubiertos, terminando con tres vivas al ilustre y bizarro Caudillo del Ejército nacional, Jefe del Gobierno, general Franco, y como remate de estos tres vivas, el augusto a la patria. El público le tributó una inmensa ovación.

Al abandonar el paraninfo la excelentísima señora doña María del Carmen Polo de Franco con los ayudantes, fue acompañada por el bizarro general Millán Astray, las autoridades y el público hasta el automóvil, envuelta en una emocionante manifestación de patriotismo y atronadores vivas a España y al general Franco.

Análogo tratamiento da *La Gaceta Regional*, escribiendo al final de su amplio reportaje: «Puso fin al acto el general Millán Astray con unas exaltadas palabras de patriotismo y amor a España». Este periódico incluye también una crónica firmada por Guzmán Gombau sobre la radiodifusión del acto en los siguientes términos:

La voz del maestro Unamuno, del historiador Loscertales, de Beltrán de Heredia, del catedrático Maldonado, del poeta José María Pemán y del soldado Millán Astray sonó en el Paraninfo, y por el milagro de la radio en nuestra Plaza Mayor, en casi todas las casas de la capital y en gran parte de España, retransmitida por las emisoras de radio de España. [...] Millán Astray en el momento oportuno en que habló se mostró acertado, enérgico y hasta duro, llevando tras de sí, tras de su gesto y su palabra, el entusiasmo de los españoles.

Como puede verse, ninguno de los periódicos ni el señor Gombau reflejan el tan duro, violento y difundido enfrentamiento entre ambos, a pesar de que el acto se difundió completo y en directo a través de la radio, algo que anulaba –por tardía– la posible censura impuesta por Millán Astray, jefe de la propaganda rebelde.

También cabe recoger la dudosa opinión de José María Pemán sobre los hechos. Versión que publicó el diario *ABC* en primera página el 26 de noviembre de 1964. Y decimos dudosa por las graves omisiones y errores que en ella se contienen. Pero la incluimos como ejemplo de las muchas versiones que existen de los hechos, escrita como réplica a otra glosa publicada días antes en «Prensa libre», de América. Afirma el escritor nacional no recordar exactamente lo que Unamuno dijo en los pocos minutos que habló, pero declara que su discurso

fue objetante por varias cosas de las que andaban en curso en aquellos días exaltados. Recuerdo que combatió el excesivo consumo de la palabra «anti-España»; que dijo que no valía sólo «vencer», sino que había que «convencer». La frase sobre el catalán y el vasco sí creo que es cierta, pero de ningún modo como una réplica a nadie. [...] Cuando terminó y se sentó, se levantó como movido por un resorte,

el general Millán Astray, inesperada y para mí innecesariamente. [...] Fueron unos gritos arrebatados de contradicción a Unamuno. No hubo ese «muera la inteligencia» [...] Lo que dijo fue «muera los intelectuales»... Hizo una pausa. Y como vio que varios profesores hacían gestos de protesta, añadió con un ademán tranquilizador: «los falsos intelectuales traidores, señores». Terminó los gritos, que no llegaron a un minuto, diciéndole imperativamente a don Miguel: «Y ahora dé el brazo a la señora del Jefe del Estado». Don Miguel se levantó y le dio el brazo a doña Carmen Polo que presidía, y con ella salió del salón. [...] No creo que sea cierto que estuvo arrestado en su casa. [...] Tengo entendido que don Miguel fue luego aún alguna tarde al Casino.

Lo sucedido allí y la intervención de Unamuno fueron recreados tiempo después a partir de las notas escritas por don Miguel en la citada carta y de la información recibida de quienes presenciaron los hechos o escucharon los discursos a través de altavoces y radios, siendo después modificado el borrador inicial por sucesivos autores, hasta llegar a un hipotético discurso definitivo que muchos dan como real, entrecomillando incluso palabras textuales que Unamuno tal vez nunca pronunció con la literalidad que se le atribuye, existiendo en la actualidad diferentes versiones de sus palabras, y matices de lo sucedido allí, con notables diferencias de forma y contenido, entre los investigadores. Versiones hay de los hechos acontecidos aquella mañana en el Paraninfo firmadas por autores sin relevancia alguna, y por otros bien conocidos, como: Hugh Thomas, Carlos Rojas, Madelaine Chapal, Emilio Salcedo, Luciano G. Egido, Luis Portillo, Luis E. Togores, Juan Eugenio Corradi, etc. Incluso en documentos de la legión puede encontrarse una interpretación muy personal de lo sucedido.

Dicho esto, dejemos que sea el propio orador quien nos dé su versión de los hechos y nos recuerde lo que allí dijo, en carta a Mari Garelli, el 21 de noviembre:

Es el terrible resentimiento, es la envidia que tan bien señaló a fuego Quevedo, es la lepra nacional, es el odio a la inteligencia. Y por haber dicho esto en público, y que vencer no es convencer, ni conquistar es convertir, y haber pedido otros métodos, el gobierno dictatorial militar que me restituyó mi Rectorado me ha destituido de él sin oírme ni darme explicaciones.

Igualmente, habla del contenido de su discurso a Quintín de Torre el 1 de diciembre de 1936:

En una fiesta universitaria que presidí, con la representación del general Franco, dije toda la verdad, que vencer no es convencer ni conquistar es convertir, que no se oyen sino voces de odio y ninguna de compasión. Hubiera usted oído aullar a esos dementes de falangistas azuzados por ese grotesco y loco histrión que es Millán Astray! Resolución: que se me destituyó del rectorado y se me tiene en rehén.

Hacemos notar que don Miguel no menciona a los legionarios que según algunos montaron amenazantes pistolas y metralletas. En cambio, describe aullando a sus «amigos» falangistas llamándoles dementes, que no cesan de vitorear a España y Franco.

Obsérvese igualmente que la expresión tan manipulada por algunos de «Venceréis pero no convenceréis», no debió ser pronunciada por don Miguel, según su propio relato de los hechos, lo cual es significativo porque no es lo mismo invitar a la reflexión –aunque ello implique denuncia– diciendo que «vencer no es convencer» como hace Unamuno; que gritarles en su cara a los líderes rebeldes «venceréis pero no convenceréis», por ser esta expresión una provocación directa. Es decir, nos atrevemos a concluir que el enfrentamiento no llegó a tanto como se ha literaturizado, ya que un encuentro tan violento y radical como han presentado algunos autores se hubiera resuelto probablemente en las tapias del cementerio o, cuando menos, en la cárcel de la Aldehuela, a pesar de que algunos nieguen esa posibilidad por el rechazo internacional que hubiera producido la noticia.

También se ha descrito con insistencia dramática y exageración, el temor, abatimiento y desolación con que don Miguel abandonó el recinto universitario, protegido por Carmen Polo hasta el coche de la señora que lo llevó a su casa, algo que tampoco tiene visos de acercarse a la realidad. De ser ciertas las afirmaciones que en este artículo se niegan, el testimonio gráfico que tenemos de dos fotografías donde puede verse a Unamuno a la puerta de la Universidad junto al coche oficial de la señora, despidiendo a ésta, a Millán Astray y al obispo, habría pasado por las manos del famoso *photoshop*, entonces por descubrir.

En la primera foto puede verse a doña Carmen introduciéndose en el coche, camino del cercano palacio episcopal, sede del cuartel general rebelde donde residía, mientras el general Millán Astray tiende la mano con naturalidad hacia el obispo ¿y hacia Unamuno?, despidiéndose de ellos entre vítores a mano alzada de falangistas, antes de introducirse en el coche junto a doña Carmen. Podemos ver en la segunda foto que ha desaparecido el general y queda Unamuno junto al obispo al lado del coche, observándose que todas las miradas se dirigen hacia la puerta trasera que aún permanece abierta, obligándonos a pensar que por ella acaba de entrar el militar al coche, mientras Unamuno y el obispo despiden a los ocupantes del vehículo, acto de cortesía impensable en el exagerado marco con el que algunos autores han referido los hechos. La hipótesis de que Unamuno se trasladó a su domicilio en el coche de la señora carece de fuerza tras lo referido, porque si a continuación del general se introdujo con ellos en el coche don Miguel para ser llevado a su casa, el dramatismo de algunas narraciones se hace aún menos verosímil. Pero hay más, porque si los ánimos contra el Rector hubieran estado tan exaltados como se cuenta, habría peligrado su integridad física al ir caminando hasta su casa de Bordadores, algo que no sucedió, ni hubiera podido evitar que sucediera su teórico acompañante, el vicerrector Madruga, que no aparece en la fotografía, aunque esto no excluya su presencia en el lugar. Hay quien afirma que Unamuno fue llevado a casa en otro coche, pero esto es improbable que sucediera porque dicho traslado no estaba previsto, y el escaso tiempo que medió entre el discurso y la salida, no favorecía la dotación improvisada de un vehículo que llevara al Rector a su casa.

Insistimos en que el análisis de esta segunda foto –la más conocida– permite afirmar que don Miguel abandonó la Universidad rodeado por sus «amigos» falangistas que brazo en alto continuaban con sus vítores, sin detectarse, curiosamente, la presencia de legionarios en torno al jefe, salvo el que aparece en primer plano a punto de abandonar la escena, viéndose al obispo Pla y Deniel que parece acompañarle cortésmente, más que protegerle de las difundidas iras legionarias. En cambio, sí se deja ver uno de los hombres fieles a Millán Astray a la izquierda de Unamuno en la foto, con su bigote, por delante de un guardia municipal que permanece al margen de cualquier intervención. Si la cara es el espejo del alma, podemos afirmar que Unamuno iba satisfecho, erguido y sin atisbo de preocupación alguna, llevando, por cierto, un chaquetón-abrigo, pieza poco habitual en su vestuario. Alguien que no supiera el antecedente inmediato de esa foto, diría que Unamuno salía de la Universidad con la naturalidad de siempre. Su gesto con la mano derecha pareciendo despedir a los ocupantes del coche y su rostro no expresan tensión alguna y, menos aún, temor, sino la satisfacción de quien ha eliminado la pesada carga moral que llevaba encima desde el día 22 de julio y que fue haciéndose cada vez más pesada e insoportable, a medida que el deseado corte de bisturí se transformaba en una «salvaje guerra incivil», según sus propias palabras.

Todo ello hace pensar que la tradicional narración de los hechos ocurridos en el Paraninfo se ha dramatizado más de lo necesario, sin negar el posible intercambio dialéctico entre Unamuno y el general jefe de la propaganda rebelde. Entiéndase, no obstante, que por moderado que hubiera sido el enfrentamiento directo de Unamuno con el general, sus consecuencias habrían sido más desproporcionadas aún de lo que fueron, porque don Miguel hablaba representando a Franco, jefe de la rebelión, en un acto público retransmitido a la ciudad y en presencia de su esposa, de su jefe de propaganda y de las autoridades y mandos militares y civiles de la ciudad. Consideramos que este fue el verdadero problema, porque sus palabras no hubieran tenido consecuencias, o hubieran sido mucho menores, si en lugar de pronunciarlas en las condiciones descritas, las hubiera escrito en un artículo, en una carta o pronunciado en otro foro. A pesar de ello, cerramos estas reflexiones admitiendo que posiblemente don Miguel no tuvo conciencia clara del alcance de su discurso, ni advirtió sus consecuencias.

Esta última reflexión nos permite comprender la tranquilidad con que don Miguel se acercó después de comer al Casino como hacía habitualmente, quizás con intención de comentar su intervención con los amigos contertulios, al no captar la dimensión política de lo acontecido, hasta que tuvieron lugar los incidentes del Casino que vamos a relatar. A estos se añadieron las inmediatas medidas tomadas por la Junta de Defensa Nacional contra él, destituyéndole de todos sus cargos diez días después:

«Decreto núm. 36.- Disponiendo cese en el cargo de Rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno y Jugo.

Boletín Oficial del Estado núm. 14. Burgos 28 de octubre de 1936

(Página 54)

Vengo a disponer que cese en el cargo de Rector de la Universidad de Salamanca D. Miguel de Unamuno y Jugo.

Dado en Salamanca a veintidós de octubre de mil novecientos treinta y seis.

FRANCISCO FRANCO»

Antes había sido apartado del Ayuntamiento y abandonado por el temeroso Claustro universitario, quedando a la intemperie, sin más compañía que la del pobre soldado que vigilaba sus pasos, los falangistas que le visitaban y algún amigo que aparecía por la casa de Bordadores.

Dicho esto, es momento de dejar claro y matizar con superior énfasis que los insultos y vituperios que recibió Unamuno en el Casino procedieron de un pequeño grupo de socios, a los que don Miguel no hizo caso en un principio, a pesar de las advertencias que recibió de Marcos Escribano en el sentido de que habría sido mejor para él no haber ido aquella tarde a la tertulia. Unos tímidos aplausos de sus incondicionales no hicieron callar a los provocadores, y alguien llamó a su casa para avisar a la familia cuando la hostilidad de algunos socios se hizo algo más que evidente, haciendo que su hijo Rafael se presentara a los pocos minutos en el Casino para llevarle a casa acompañado de Mariano de Santiago Cividanes, a quien Unamuno había relegado más de una vez en la tertulia llamándole su «cilicio» o su «diablillo», en clara alusión al castigo atribuido por Dante a Salomón poniéndole en el hombro un diablillo para que le dijera tonterías al oído que lo pusieran fuera de sí. Dicen que se negó a salir por la puerta de Concejo –suponemos que por testimonio de Rafael– exigiendo abandonar el Casino por la entrada principal de la calle Zamora. Sea como fuere, conviene insistir en esa protesta minoritaria de socios y reflexionar sobre las circunstancias que dominaban la realidad local aquellos días, donde una simple insinuación, queja, protesta o expresión de simpatía a los críticos con las fuerzas nacionales podía tener fatales consecuencias. Nunca como en aquella tarde se hizo realidad en el Casino la justificada cobardía de una absoluta mayoría silenciosa.

## 7. REACCIÓN DE LAS INSTITUCIONES LOCALES

Las Instituciones salmantinas no permanecieron indiferentes a las palabras pronunciadas por Unamuno en el Paraninfo, sufriendo éste las consecuencias inmediatas por su discurso. Reflejamos a continuación las respuestas que dieron el Casino, el Ayuntamiento y la Universidad a su intervención.

### 7.1. *Casino*

En contra de lo afirmado por algunos, no existe constancia documental que permita ratificar la expulsión de Unamuno del Casino ni su baja forzada como socio, sino todo lo contrario, viéndose reforzada esta certeza en documentos internos de

la Institución y en opiniones recogidas de veteranos socios, confirmándose su continuidad como miembro del Casino. En cambio, hay un acuerdo generalizado en reconocer que Unamuno no volvió a pisar la Institución –presidido entonces por Ignacio Abajo Núñez– lo que consolida la información de que apenas salió de casa a partir del 12 de octubre.

## 7.2. *Ayuntamiento*

En cambio, tras lo sucedido en el Paraninfo, el Pleno Municipal anuló su nombramiento como alcalde vitalicio al tiempo que lo destituyó como concejal. Esto sucedió en la sesión ordinaria del martes 13 de octubre de 1936 a la que no asistió Unamuno, donde tras llegarse a diferentes acuerdos de variada índole, en el acta de la reunión puede leerse lo siguiente:

Acto seguido, a propuesta de la Presidencia, por haberse presentado, dijo, una moción que afecta a un Sr. Concejal, el Ayuntamiento se constituyó en sesión secreta.

El Sr. Rubio Polo dio lectura a la moción que literalmente copiada es como sigue:

Al Excelentísimo Ayuntamiento de Salamanca. Excmo. Sr.:

Recogiendo un estado de opinión unánime, pública y privada respecto de la actitud incongruente, facciosa y antipatriota del ciudadano de honor de la República, Alcalde honorario y Concejal de esta Excm. Corporación, Don Miguel de Unamuno y Jugo, exteriorizada en las frases vertidas, con descortesía rencorosa, alevosía y premeditación, al final del acto académico celebrado ayer en nuestra «Alma Mater» con motivo de la fiesta de la Raza.

El concejal que suscribe tiene el deber de proponer y propone al Excmo. Ayuntamiento en pleno que, considerando incurso a dicho Sr. en un caso de incompatibilidad moral corporativa, de vanidad delirante y antipatriótica actuación ciudadana, mas lo preceptuado en el nº 2 del artículo 47 de la vigente Ley Municipal. Por el buen nombre de la Corporación, por el respeto debido a las Autoridades legítimas del movimiento salvador de España. En desagravio al glorioso Ejército y a las Milicias Nacionales. Por la santa memoria de los mártires del honor, que inmolaron sus vidas en defensa de la Religión y de la Patria. Por las madres y los huérfanos que lloran. Por España, en fin, apuñalada traidoramente por la pseudo-intelectualidad liberal-masónica, cuya vida y pensamiento - como dicen los titulares de «El Debate» en su edición de 12 de julio último, refiriéndose al humanista Erasmo, retrato físico y moral de otros Erasmos modernos de menor cuantía, sólo en la voluntad de venganza se mantuvo firme, en todo lo demás fue tornadiza, sinuosa y oscilante, no tuvo criterio, sino pasiones; no sentó afirmaciones, sino propuso dudas corrosivas; quiso conciliar lo inconciliable; el Catolicismo y la Reforma, y fue, añadido yo, la envenenadora, la celestina de las inteligencias y las voluntades vírgenes de varias generaciones de escolares en Academias, Ateneos y Universidades. Acuerde haber visto con hondo disgusto tan sinuosa y desconsiderada actitud, que estatutariamente comprende la pérdida del cargo y prerrogativas anejas al mismo. No obstante, VE resolverá en justicia.



Íscar Peira manifestó su acuerdo en el fondo pero no en la forma, afirmando que el texto tenía conceptos que deberían ser omitidos, a lo que el señor Rubio respondió que el desagravio debía tener la misma publicidad que tuvo el agravio. El concejal García Sánchez expresó su conformidad y aceptó la propuesta, pidiendo que el acuerdo permaneciera en secreto hasta que el gobierno lo ejecutara y publicara. El señor Nuño reconoció que Rubio se le había adelantado y que en la España del momento no podía haber subterfugios ni componendas porque la ciudad había sido agraviada y el Ayuntamiento debía pronunciarse de forma adecuada. Insistió García Sánchez en guardar la máxima discreción por la índole del asunto, aprobándose finalmente por unanimidad la moción de Rubio, decisión que fue inmediatamente comunicada al Gobernador Civil, tras levantarse la sesión a las 20:30 horas de la tarde.

Añadiremos complementariamente que en la sesión de 4 de enero de 1937, recién muerto Unamuno, el concejal señor Ibáñez pidió la palabra al comienzo de la misma siendo interrumpido por el alcalde-militar Francisco del Valle quien advirtió al edil que

si se iba a referir a don Miguel de Unamuno estando muy reciente la resolución del Ayuntamiento en que por unanimidad se acordó declarar la incompatibilidad de dicho señor para seguir perteneciendo a la Corporación, debía de abstenerse de hacer manifestación alguna.

Manifestó el Sr. Ibáñez que acataba con verdadero sentimiento la orden de la Presidencia.

No volvió a hablarse de Unamuno en los Plenos, permaneciendo aún su figura sin ser testimonialmente repuesta como concejal y alcalde honorario, a pesar de los mayoritarios gobiernos socialistas y populares que ha tenido el Ayuntamiento desde la recuperación democrática del Concejo. Asignatura pendiente que exige aprobación inmediata, aunque sea en la convocatoria de septiembre.

### 7.3. *Universidad*

Tampoco se hizo esperar la respuesta de sus compañeros de Claustro universitario, y el 14 de octubre se reunieron en sesión ordinaria para separarle del cargo de rector y expulsarle de la cátedra, siendo apartado de toda responsabilidad, honor y distinción, llegando algunos salmantinos hasta el palacio episcopomilitar para solicitar su fusilamiento.

El acta de la sesión de Claustro refleja el acuerdo tomado con las siguientes palabras:

Sres. asistentes:

Presidente: González Calzada

Vocales:

Sr. Andrés Marcos, Sr. Ramos Loscertales, Sr. Peralta y Miñón, Sr. Maldonado de Guevara, Sr. Beato y Sala, Sr. Bermejo Mesa, Sr. García Blanco, Sr. Rodríguez Aniceto, Sr. Sánchez Tejerina, Sr. Serrano y Serrano, Sr. Román Retuerto, Sr. Ribas Marqués,

Sr. Núñez García, Sr. Garrido Sánchez, Sr. Pierna Catalán, Sr. Querol Navas, Sr. Cortés Hernández, Sr. García Boiza, Sr. García Rodríguez, Sr. García Tejado, Sr. Sánchez Salcedo, Sr. Real de la Riva, Sr. Serviá Labrador, Sr. Maldonado Íñigo, Sr. López Jiménez, Sr. Pérez Martín, Sr. Bullón Ramírez, Sr. Carrasco Pardal, Sr. García de la Villa. Secretario: Sr. Sánchez y Sánchez.

En la ciudad de Salamanca y a las cinco de la tarde del expresado día, se reunieron en el Paraninfo de la Universidad los señores designados al margen, bajo la presidencia del Sr. Decano de la Facultad de Ciencias, D. Manuel González Calzada, previa la oportuna convocatoria, dándose lectura por el Secretario al acta de la sesión anterior que fue aprobada por unanimidad.

Acto seguido, el Sr. Presidente dio lectura a la siguiente proposición:

El Claustro de la Universidad de Salamanca, al retirar por unanimidad la confianza a su actual Rector, considera el cargo como vacante; y usando de su facultad de presentar a las autoridades académicas, propone al Alto Mando para el cargo de Rector de esta Universidad, al catedrático Don Esteban Madruga Jiménez.

Tras un debate sobre la propuesta al cargo de Rector del ausente Madruga, intervino el Sr. Real de la Riva lamentando que «mientras todos defienden a España, parece que la Universidad lo hace, cuando más, individualmente». Manifiesta su conformidad con la propuesta de Rector a favor del Sr. Madruga y entiende que la «Universidad debe expresar claramente su colaboración y adhesión al Glorioso Movimiento Nacional, pues parece que las gentes, no se muestran muy conformes con el proceder de los intelectuales». Finalmente el Sr. Sánchez Tejerina expuso con claridad y concisión la proposición, que aprobó el Claustro por unanimidad.

Obsérvese que firman la destitución profesores como Manuel García Blanco, amigo personal de Unamuno, estudioso de su obra y persona que ha cedido el mayor legado de la obra de don Miguel a la CMU. Se hace esta reflexión porque nadie que conozca la relación profesional y personal que mantuvo Unamuno con algunos de los firmantes, puede creerse la sinceridad de tales rúbricas sin sospechar una segunda verdad. De nuevo, sólo cabe interpretar la decisión en clave de seguridad personal y temerosas mayorías silenciosas. No es arriesgado pensar que fue el miedo quien dictó éste y muchos otros comportamientos de algunos amigos y colegas de Unamuno, en una ciudad donde las depuraciones de profesores, desapariciones, asesinatos, confiscaciones y detenciones dominaban la voluntad de los ciudadanos.

## 8. FIN DE TRAYECTO

A partir de ese momento, la soledad más absoluta se apoderó de la vida de don Miguel, según le confiesa a Quintín de Torre:

Le escribo desde una cárcel disfrazada, que tal es hoy esta mi casa. No es que esté oficialmente confinado en ella pero sí con un policía –¡pobre esclavo!– a la puerta que me sigue a donde vaya, a cierta distancia. La cosa es que no me vaya

de Salamanca donde se me retiene como rehén no sé de qué ni para qué. Y así no salgo de casa.

A Giusso y a Garelli les habla de confinamiento interno, encierro y enclaustramiento, en situación de rehén, «por obra y gracia de estos... salvadores de España».

El 23 de noviembre de 1936 escribe una carta al rector Madrugá anunciándole la cesión de su biblioteca privada a la Universidad como había prometido, al tiempo que critica a la Falange y se compadece del amigo:

Nunca pude creer que la inmundicia falangería –hija, en gran parte del miedo servil de los cuitados– pudiera llegar a tanta abyección. Y no quiero seguir. Ya sabe usted cuanto y cuan bien le quiere y ahora le compadece quien fue su compañero y es siempre su amigo.

En sesión de la Junta de Gobierno del Patronato Universitario celebrada el día 15 de diciembre de 1936, el Rector Madrugá lee la carta que le ha enviado Unamuno e informa a los miembros de la misma de esta donación, acordando la Junta «testimoniar al Sr. Unamuno su más grande agradecimiento por este valioso donativo, comunicándole de oficio y por la Secretaría la gratitud de la Universidad y de su Junta de Gobierno quien procurará catalogarla e instalarla debidamente, para que pueda prestar la máxima utilidad pública». Dichos libros se encuentran actualmente depositados en la Casa Museo Unamuno de Salamanca.

Pasado el rubicón del miedo, Unamuno baja los brazos y se deja noquear por una situación que desborda su capacidad de respuesta. Nada tiene ya sentido. Ni siquiera su obra: «La experiencia de esta guerra me pone ante dos problemas, el de comprender, repensar, mi propia obra empezando por *Paz en la guerra*, y luego comprender, repensar España». Esto escribe en la soledad de la casona con tristeza infinita. Recluido en casa, continúa sus reflexiones íntimas sobre la salvaje experiencia que la guerra le ha puesto sobre la mesa, escribiendo el borrador de un futuro libro titulado *El resentimiento trágico de la vida*, que había comenzado a escribir probablemente en septiembre. Documento capital para entender su actitud ante la guerra civil, que no vio la luz hasta 1991.

Ya superado todo resquicio de miedo que pudiera quedarle, abandona su seguridad personal y la de su familia, en manos del destino. Si todo está perdido, incluso la libertad, ¿para qué sirve una vida que no es vida? Desaparece toda reserva y mantiene sin reparos la provocación a los sublevados en las cartas que revisa la censura, como le dice a Quintín el 13 de diciembre:

Me dice usted que su carta, como todas las que escribe desde ahí, van abiertas, que así se lo recomiendan y es por la censura. Lo comprendo. Yo, por mi parte, cuando escribo calculo que esa censura puede abrir mis cartas, lo que naturalmente –usted me conoce– me mueve a gritar más la verdad que aquí se trata de disfrazar.

Piensa en los hijos que aún dependen de él y en el nietecito que ha quedado a su custodia, superando ya el temor a ser eliminado en cualquier momento a pesar

de la protección que le ofrecen los falangistas. Éstos pretenden hacerle ideólogo de la causa fajista sin darse cuenta del desprecio que Unamuno siente por los «arribistas». Tal vez por eso retembló el nicho donde fue enterrado cuando los azulados gritaron ¡arriba España! en el cementerio, como ha quedado dicho.

Dejada a un lado toda reserva verbal, habla abiertamente contra los militares en las pocas ocasiones que tiene de hacerlo, como sucedió en la charla que mantuvo con Brouwer:

No hay cultura que nazca, crezca o prospere bajo un régimen absolutamente militar. Es imposible; es imposible. Con los militares nada puede prosperar. Son unos botarates.

En noviembre de 1936 concede una entrevista a Tharaud en el transcurso de la cual le dice: «Voy a buscarle un pequeño manifiesto que acabo de redactar y que expresa todo lo que pienso». Mientras hablan, Unamuno le hace una copia «porque me gustaría mucho que se divulgase». En la CMU se conserva el manuscrito de dicho testamento político, que reproducimos a continuación por el innegable valor que encierra, donde la alterutalidad de don Miguel todavía brilla con su presencia:

Apenas iniciado el movimiento popular salvador que acaudilla el general Franco me adherí a él diciendo que lo que hay que salvar en España es la civilización occidental cristiana y con ella la independencia nacional (b). El gobierno fantasma de Madrid me destituyó por ello de mi rectoría y luego el de Burgos me restituyó en ella con elogiosos conceptos.

En tanto, me iban horrorizando los caracteres que tomaba esta tremenda guerra civil sin cuartel debido a una verdadera enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura (c). Las inauditas salvajadas de las hordas marxistas, rojas, exceden toda descripción y he de ahorrarme retórica barata. Y dan el tono, no socialistas, ni comunistas, ni sindicalistas, ni anarquistas, sino bandas de malhechores degenerados, expresidarios, criminales natos sin ideología alguna que van a satisfacer feroces pasiones atávicas sin ideología alguna. Y la natural reacción a esto toma también, muchas veces, desgraciadamente, caracteres frenopáticos. Es el régimen del terror. España está espantada de sí misma. Y si no se contiene a tiempo llegará al borde del suicidio moral. Si el desdichado gobierno de Madrid no ha podido resistir la presión del salvajismo apellidado marxista debemos esperar que el gobierno de Burgos sabrá resistir la presión de los que quieren establecer otro régimen de terror. En un principio se dijo, con muy buen sentido, que ya que el movimiento no era una cuartelada o militarada sino algo profundamente popular, todos los partidos nacionales anti-marxistas depondrían sus diferencias para unirse bajo la única dirección militar sin prefigurar el régimen que habría de seguir a la victoria definitiva. Pero siguen subsistiendo esos partidos: renovación española (monárquicos constitucionales), tradicionalistas (antiguos carlistas), acción Popular (monárquicos que acataron la república) y no pocos republicanos que no entraron en el frente llamado popular. A lo que se añade la llamada Falange - partido político, aunque lo niegue - o sea, el fascio italiano muy mal traducido. Y este empieza a querer absorber a los otros y dictar el régimen futuro. Y por haber manifestado mis temores

de que esto acrecienta el terror, el miedo que España se tiene a sí misma y dificulte la verdadera paz; por haber dicho que vencer no es convencer ni conquistar es convertir, el fascismo español ha hecho que el gobierno de Burgos que me restituyó en mi rectoría... ¡vitalicia!, con elogios, me haya destituido de ella sin haberme oído antes ni dándome explicaciones. Y esto, como se comprende, me impone cierto sigilo para juzgar lo que está pasando.

Insisto en que el sagrado deber del movimiento que gloriosamente encabeza Franco es salvar la civilización occidental cristiana y la independencia nacional ya que España no debe estar al dictado ni de Rusia ni de otra potencia extranjera cualquiera puesto que aquí se está librando, en territorio nacional, una guerra internacional. Y es deber también traer una paz de convencimiento y de conversión y lograr la unión moral de todos los españoles para rehacer la patria que se está ensangrentando, desangrando, arruinándose, envenenándose y entonteciéndose. Y para ello, impedir que los reaccionarios se vayan en su reacción más allá de la justicia y hasta de la humanidad, como a las veces tratan. Que no es camino el que se pretenda formar sindicatos nacionales compulsivos, por fuerza y amenaza, obligando por el terror a que se alistén en ellos a los ni convencidos ni convertidos. Triste cosa sería que al bárbaro, anti-civil e inhumano régimen bolchevístico se quisiera sustituir por un bárbaro, anti-civil e inhumano régimen de servidumbre totalitaria. Ni lo uno ni lo otro, que en el fondo son lo mismo.

(b) ya que se está aquí en territorio nacional, ventilando una guerra internacional.

(c) con cierto substrato patológico-corporal. Y en el aspecto religioso a la profunda desesperación típica del alma española que no logra encontrar su propia fe. Y a la vez se nota en nuestra juventud un triste descenso de capacidad mental y un cierto odio a la inteligencia unido a un culto a la violencia por la violencia misma.

Y, finalmente, el 28 de diciembre, día de los santos inocentes escribe su última página del *Cancionero*:

Morir soñando, sí, mas si se sueña  
morir, la muerte es sueño; una ventana  
hacia el vacío; no soñar; nirvana;  
del tiempo al fin la eternidad se adueña.  
Vivir el día de hoy bajo la enseña  
del ayer deshaciéndose en mañana;  
vivir encadenado a la desgana  
¿es acaso vivir? ¿y esto qué enseña?  
¿Soñar la muerte no es matar el sueño?  
¿Vivir el sueño no es matar la vida?  
¿A qué poner en ello tanto empeño?:  
¿aprender lo que al punto al fin se olvida  
escudriñando el implacable ceño  
—cielo desierto— del eterno Dueño?

Y deja junto a estos premonitorios versos –escrito en la misma hoja– sus últimas reflexiones sobre la guerra civil. Testimonio de inigualable valor al ser, probablemente, el último documento escrito por don Miguel antes de morir, que reproducimos literalmente, donde su posicionamiento final ante la rebelión militar no admite especulación alguna:

Cómo y porqué me adherí al movimiento. Salvar la civilización occidental cristiana. Ya antes había yo atacado al Frente Popular. Pero pronto me di cuenta de que los métodos no eran ni civilizados sino militarizados –ay, la terrible específica demencialidad castrense española– no occidentales sino africanos –África, espiritualmente, no es occidente– ni menos cristianos, sino del bárbaro y grosero paganismo católico tradicionalista español. Ni el movimiento iba contra el marxismo; era el desquite de la dictadura primo-riverana la de los de «nuestra profesión y casta» y con inspiración carlista. Por qué Mola hizo bombardear Bilbao. La caza del masón; la Liga de los Derechos del Hombre; la Institución Libre. El odio a la inteligencia, la envidia, el resentimiento, el complejo de inferioridad. ¿Que yo podía haber evitado persecuciones? Sí, renunciando a exigir responsabilidades por los hechos; ¿borrón y cuenta nueva? No, no y no.

Ya no podremos vivir en España los inteligentes y limpios de corazón. Y yo con más de 72 años, teniendo a mi cargo a los niños ¿dónde? Otra España, la España –una Anti-España– que se prepara y el triste ocaso de la España eterna fuera de España, en la emigración. ¿Y el emigrado en su patria? ¿el despatriado en ella? dejar a la España geográfica convertida en un hospital de enfermos mentales.

Esta guerra civil, no es civil. Es un ejército de mercenarios –pretorianos– la legión y los regulares; no el pueblo.

El efecto de abatimiento. El que me producía ver desfilar por la Plaza Mayor las pobres chicas, uniformadas de milicianas de falange, llevando el paso. Y alguna vez al frente un tamborilero. Y aquella estúpida de... con su boina verde.

Harto ya de bregar, una tarde fría y plomiza decide abandonar todos los proyectos sobre la camilla, y retirarse a descansar en el pecho del Padre Eterno, misterioso hogar donde aún permanece, lejos del barrizal, y con el dolor de España en el fondo de su corazón, gritando las palabras que prestó a Garelli: «¡Pobre España mía!, mía, mía, mía», y las que a todos dejó en una página del Resentimiento: «Dasco ser hombre».

## 9. EPÍLOGO

Con todo lo dicho, queda bien definida la evolución del pensamiento de Unamuno ante la guerra civil que asoló España, y las tres posiciones sucesivas que mantuvo ante la barbarie que le rodeaba, provocada por militares que se sublevaron contra el régimen republicano promovido y votado por los españoles, libre y voluntariamente. El golpe militar llevó a todos a una cruenta y bárbara guerra civil, derrocando al gobierno legalmente constituido y provocando un enfrentamiento entre las dos Españas que dejó helado el corazón del españolito que vino al mundo

de la mano de don Antonio Machado. Esta es la realidad de los hechos, y no otra como intentan hacernos creer algunos revisionistas, aprovechando el río revuelto en que zozobra la historia, porque ya inmersos en la triste dinámica de una guerra civil, todo vale, en manos de una supervivencia que conduce a la barbarie.

El autor no renuncia a hacer unas reflexiones finales sobre diferentes aspectos relacionados con la actitud mantenida por Unamuno durante aquellos seis meses y su evolución, con el fin de ayudar a los lectores a comprender su estado de ánimo y algunas de sus palabras.

Tres fueron las razones fundamentales que animaron a Unamuno a dar su apoyo inicial a la sublevación militar: en primero lugar, el riesgo que percibió de que el extremismo marxista terminara con la civilización occidental cristiana. A esto se unió la ingenuidad de creerse que los militares iban a tomar un camino muy diferente al que siguieron después, porque sus vítores republicanos le hicieron pensar en un golpe breve e incruento que pusiera en orden el país ante la situación de desgobierno nacional y desorden institucional, promotor de un caos social donde las revueltas, huelgas, quema de iglesias, venganzas y asesinatos por ambas partes se sucedían de manera continua. Finalmente, alguien puede negarse a reconocer que Unamuno tuviera miedo físico a la brutalidad que le rodeaba, pero nadie puede dudar de su profunda preocupación y angustia por los acontecimientos que sucedían en una ciudad tomada por militares africanos, promotores de una guerra y protectores de la salvaje represión llevada a cabo por falangistas y guardia cívica en la ciudad.

Analizando la situación personal, familiar, profesional y política de Unamuno en aquellos momentos, no cabe alimentar la más mínima esperanza por su futuro en Salamanca, sino todo lo contrario. Esto anima a pensar en naturales temores humanos que justificarían determinadas actitudes y declaraciones del Rector. Situación que le obligaba a vivir exteriormente sus últimas contradicciones, porque su discurso público poco tenía que ver con el privado. Así, mientras entregaba cinco mil pesetas a los sublevados para la causa nacional, maduraba el proyecto de redactar en la soledad de su despacho las comprometidas notas del *Resentimiento*. Criticaba duramente a los falangistas, pero continuaba recibéndolos en la casona de Bordadores. Condenaba la salvaje contienda, pero mantenía su esperanza en que se salvaría la civilización cristiana occidental. Sufría por los hijos abandonados en la republicana capital madrileña, pero le preocupaba que pudieran presentarse en la arruinada mansión familiar.

Al tiempo que condenaba a los rebeldes, se dejaba ver el día 4 de octubre en el balcón del Ayuntamiento homenajeando a Franco, a pesar de su catarro. También fue a saludar al dictador a la estación ferroviaria al día siguiente cuando el militar rebelde pasaba camino de Valladolid. Y, finalmente, le visitó en su refugio episcopal como jefe de los sublevados, veinticuatro horas más tarde. Visita que utilizó para solicitarle favores ajenos –si ponemos en cuarentena las declaraciones de Salgado– como peticiones de libertad para los amigos encarcelados y protección para sus esposas.

Tratamos de justificar su doble discurso y determinadas actitudes de apoyo a la causa militar, en el temor físico y en la desesperada situación que vivía en aquellos días, perdidos ya todos los referentes vitales e intelectuales. Desesperación que él extrapolaba al pueblo español, permitiéndonos afirmar que caminaba sin asidero ideológico, considerando incluso la posibilidad de rehacer toda su obra, llegando en esa situación anímica a dar un portazo final a los rebeldes. Así vemos la posición de Unamuno ante la guerra civil, y mantenemos la convicción en lo dicho, mientras no aparezcan nuevos testimonios que contradigan los argumentos aquí expuestos.

La observación objetiva de su situación nos ayuda a comprender algunas cosas, pues nos encontramos ante un anciano viudo de 72 años que vive los peores momentos de su historia vital, por encima de su prematura orfandad; de la dolorosa y larga agonía de su hijo Raimundín; de su inconsolable viudedad; de las condenas judiciales; y de lo sufrido durante los años de destierro en Fuerteventura, París y Hendaya. Apartado de sus hijos y forzosamente abandonado por sus amigos en dramáticas condiciones, al ser unos brutalmente asesinados, como Prieto, Manso, Vila y Coco, otros encarcelados, como Villalobos, otros depurados y algunos desterrados. A este abandono se unen las críticas; el desprecio de los enemigos populistas, que le insultan reiteradamente; la defenestración del rectorado por sus colegas; y los sucesivos nombramientos y ceses de cargos, en un juego de humillaciones difíciles de soportar. Por último, la desconfianza en torno a su persona se incrementa día a día ante una alterutalidad que nadie comprende ni acepta, en momentos donde se exige incondicional entrega a uno de los dos bandos, por ambas partes.

Tras el discurso en el Paraninfo, se reducen los últimos peldaños de su vida al ser apartado de todos sus cargos y despreciado por el Gobierno republicano y por la Junta Militar. En esas circunstancias no le queda otro camino que el forzado exilio interior, vigilado por un soldado-policía con orden de disparar si hace amago de huir de la ciudad. Se acabó la tertulia y vida social en el Casino; el magisterio en la cátedra a la que daba nombre; la gestión universitaria; el trabajo consistorial; los artículos como publicista; las conferencias; los viajes. Se acabó todo. Sólo recibe visitas esporádicas de algunos falangistas confundidos que pretenden su adhesión al fajismo, y dos o tres colegas universitarios que suben sigilosamente las escaleras del portalón de Bordadores. Esta situación, unida a las dificultades económicas por las que pasa, le hace preguntarse dolorosamente por el porvenir que le espera: «¿qué será de mí?», se interroga.

La situación familiar le muerde con fuerza, pues tiene hijos y nietos separados en diferentes frentes de batalla. Con él permanecen, en la capital de los sublevados: Felisa, el militarizado Rafael, María y su nieto Miguelín; en el Madrid republicano están Pepe, Moncho y su yerno-secretario José María, de los que nada sabe desde el inicio de la contienda; a Fernando le han requisado el coche en Palencia los «nacionales», y Pablo dolorido en su domicilio de la calle Zamora. En declara-



ciones al *Diario de Lisboa* a primeros de noviembre de 1936, se lamenta: «Tengo tres hijos en Madrid y hace tres meses que no sé nada de ellos».

Esta desesperada situación de un anciano que se ha pasado la vida luchando contra todo y contra todos, sin ser comprendido por casi nadie, nos anima a entrar en la ficción de interrogarnos por su actitud si la sublevación le hubiera sorprendido en el Madrid republicano, o por su futuro sin la intervención sangrienta de los militares, porque nadie duda que Unamuno fue una víctima mortal inocente de la guerra, aunque no muriera fusilado, y protagonista sin pretenderlo de la tragedia griega que le tocó vivir entre dos cruentas guerras civiles. Fueron éstas quienes mecieron la cuna y apuntalaron el nicho donde descansa su cuerpo cansado de tanto bregar, mientras su alma deambula por los corredores de un misterioso hogar, sin encontrar respuesta a los interrogantes que atormentaron su vida.